



Castillos celebra su centenario

(Foto: Anibal Barrios Pintos)

Ante el respeto y la emoción de toda la ciudadanía de Castillos, autoridades y multitud de visitantes, desfilan los alumnos liceales portando la enseña artiguista, en uno de los actos celebratorios del Centenario de la fundación de la ciudad, y de la fecha del Natalicio de Artigas.

su **sexo** sentido se lo dice!

sigla la
LANA

sigla a
Soler

apuro

LANA es calor y color que viste y entibia su cuerpo!

1 - Buzo niña en lana modelo clásico, con novedoso bordado simulando corbata en colores: Talles 4 al 16. Talle 4 \$ **278.-** (Aumenta \$14.40 por talle) 2 - Traje de punto en tejido grueso, pantalón liso, remera franja de color. Talles 2 al 8. Talle 2 \$ **390.50** (Aumenta \$24.- por talle) 3 - Campera niña, punto italiano colores lisos. Talle 4 al 16. Talle 4 \$ **126.60** (Aumenta \$7.70 por talle) 4 - Buzo escote V manga larga, en tejido perlé grueso de gran duración. Talles 4 al 16. Talle 4 \$ **177.-** (Aumenta \$9.00 por talle) Pantalón de lana tejido grueso. Talles 1 al 8. Talle 1 \$ **99.30**

(Aumenta \$11.20 por talle) Chaleco abotonado sin mangas en jersey liso, diversidad de colores. Talles 4 al 18. Talle 4 \$ **122.30** (Aumenta \$3.30 p/talle)

Nuestra oferta de sección niños: Buzo a rayas finas manga larga. Talles 4 al 18 \$ **150.-**



AGUADA • CENTRO • CORDON • UNION

LAS PIEDRAS



Los actores Concepción Zorrilla, Antonio Larreta y Carmen Avila en la obra "Porfiar hasta morir", vistos por el dibujante de "A.B.C." de Madrid (Junio 26-62).

En esos días, a ese triunfo logrado por un elenco de comediantes nuestros, se debe a que recién acaba de empezar a entregarse a nuestra representación diplomática en España ese importante galardón.

Como son muchos los que se preguntan su significado, vamos a referirnos a ello. Nada mejor que empezar a partir de los considerandos del acta que inscribe el premio y que dicen:

"La revista 'Primer Acto', única publicación teatral en la española, ha decidido establecer premios que seleccionen las mejores aportaciones anuales a nuestra vida teatral. Estos premios llevarán el nombre de 'José María Larra', atendiendo a la significación y pensamiento del primer gran crítico teatral español. Al objeto de conseguir una mayor ecuanimidad y resonancia, 'Primer Acto' seleccionará, anualmente, un Jurado, en el que figurarán diversos críticos en ejercicio, más el director y críticos de la revista, bien entendido que será norma general que la representación de 'Primer Acto' sea minoritaria dentro de la totalidad del Jurado".

Y completando los fundamentos, agreguemos ahora la parte resolutive:

"En Madrid, a 3 de enero de 1963, se reúne el Jurado que, con arreglo a las bases establecidas, ha de discernir los premios 'Larra' de 1962, compuesto por los señores críticos teatrales D. Gonzalo Torrente Ballester de 'Arriba'; D. Adolfo Prego de 'Información'; D. Enrique Lovet de 'A.B.C.'; D. Francisco García Pavón de 'Madrid' y D. José A. Ezcurra, D. Ricardo Domenech y D. José Monleón de 'Primer Acto' y después de deliberar ampliamente y de exponer cada uno de los miembros sus puntos de vista, se acuerda por unanimidad conceder los premios en la siguiente forma:

La brevedad del espacio que limitan estas notas, nos obligan a señalar solamente, entre los premios otorgados, la parte referente al T.C.M. y que dice:

"Commemoración del Centenario de Lope de Vega: A la Compañía de la Ciudad de Montevideo, dirigida por Antonio Larreta, por su puesta en escena de 'Porfiar hasta morir', considerada la mejor representación de Lope de Vega en el año de su cuarto centenario".

Nos parece obvio destacar la importancia de este triunfo de un elenco nacional en el extranjero. Pero, merecer esa distinción de tan solvente Jurado —donde no han podido influir la simpatía ni las debilidades humanas, como ocurre siempre en que se debe intervenir en los certámenes— frente a versiones escénicas de otros elencos, significa, fuera de dudas el mejor galardón conquistado para el país por un elenco nacional.

Nosotros, que tenemos razones para conocer el largo y sacrificado tiempo que importó la preparación de la actuación en París y Madrid del Teatro de la Ciudad de Montevideo, tampoco pudimos esperar las horas gratas que compensarían tan trabajoso esfuerzo. Y esfuerzo privado, porque fuera del aporte de cincuenta mil pesos otorgado por el Concejo Departamental, —siempre bien dispuesto a destinar recursos al teatro— la financiación de ese viaje a Europa se logró con generosas contribuciones de la banca oficial y privada. Ah!... y un aporte del Ministerio de Instrucción Pública votado por el Consejo Nacional de Gobierno, por la cantidad de diez mil pesos. Sí, de diez mil pesos... Y más del sesenta por ciento de los gastos fue afrontado por el trabajo de los intérpretes. No queremos decir que todos los gobernantes sean insensibles al destino de nuestro teatro, ya que por el esfuerzo de unos pocos de ellos, la vida escénica

nacional ha sido contemplada con más atención en los últimos años. Pero cuando los viajeros oficiales salen todos los días hacia el exterior con viáticos en dólares en misiones que muchas veces se ignoran y en otras que más vale no conocer, el artista, en cualquiera de sus manifestaciones, encuentra siempre en las altas esferas, la misma respuesta: "Es lamentable, pero no hay rubro...".

El teatro ha dado a nuestro país gran prestigio en el exterior. Fue primero el T.C.M. en París y Madrid y al año siguiente, la Comedia Nacional en la capital francesa y en Roma. Toda la prensa se hizo eco de los elogiosos juicios periodísticos logrados por ambos conjuntos. Solamente la promoción publicitaria periodística y callejera que determinaron en Europa la actuación de ambos elencos, importaron una publicidad de costo millonario, que nada costaron a la nación. Repetidas veces así lo señalaron en su hora, a cuantos quisieron oírlo, los distinguidos embajadores del país en Francia y España, señores D. Abelardo Sáenz y Dr. Julio Casas Araujo, que fueron además, justo es decirlo, entusiastas animadores de los triunfos de los artistas nacionales.

Muchas otras consideraciones podríamos expresar, ante la reactualización que la conquista del premio "Larra" por el Teatro de la Ciudad de Montevideo, ha puesto nuevamente sobre el tapete, como



Antonio Larreta y Claudio Solari en la obra de Lope.

aquellas horas previas a la partida, tan llenas de angustia y de zozobra. Las "corridas" de China Zorrilla, Guarnero y Larreta por bancos e instituciones para hacer efectivas las contribuciones acordadas; la venta a Canal 12, en carácter de primicia, del programa a ofrecerse en Europa, en una suma inusitada —cuarenta mil pesos— acaso no superada todavía por ningún elenco del país... Momentos de inquietud que no olvidaremos, quienes fuimos de la partida.

El teatro siempre ha sido así. Y en esas aventuras imposibles han estado los grandes triunfos. Pasión, nervio y fe, crean los grandes resultados. Y en el abrazo que en aquella tarde de mayo despidieron en Carrasco al T.C.M., vimos claramente en los rostros amigos de unos pocos, la confianza en la empresa emprendida y en muchos, el temor de lo que podía ocurrir... Cuando el gran avión de K.L.M. —compañía cuya buena voluntad para los artistas uruguayos decidió en última instancia tan difícil viaje— levantó vuelo, todos los integrantes del TCM. sintieron en su emoción la responsabilidad con que había que jugarse. Era el primer elenco del país que cruzaba el Atlántico... Pocas horas después, las agencias internacionales de noticias transmitían a Montevideo los elogios de la prensa francesa. Semanas más tarde, sucedía lo mismo en Madrid. Finalmente, el premio por la "mejor representación de Lope en el año de su centenario", conquistado allí, en la misma tierra del poeta, lográndose así para el Uruguay, la más alta distinción que ningún elenco americano haya ganado, hasta la fecha, en el extranjero.

De ahí la importancia que la prensa haya asignado recientemente a este hecho y que nosotros hemos querido recordar, aportando algunos de los recuerdos que nos proporcionaron otras de las gratas horas de nuestra vida teatral.

Ángel CUROTTO

(Especial para EL DIA)



Otra escena de la versión escénica que mereció el Premio "Larra", en la que aparecen las actrices Concepción Zorrilla, Carmen Avila y Graciela Gelós y los actores Antonio Larreta y Ricardo Márquez.



El publico madrileño aplaudiendo a los artisitas compatriotas. En el palco central, la presencia de nuestro Embajador en España.

EL PREMIO "LARRA" A UN ELENCO DE ARTISTAS URUGUAYOS

HACE pocos días, toda la prensa del país, con grandes titulares, señaló la noticia del otorgamiento del Premio "Larra" al "Teatro de la Ciudad de Montevideo", ganado en Madrid por su interpretación de la obra de Lope de Vega "Porfiar hasta morir", en el año 1962, año que se conmemoró en el mundo el cuarto centenario del nacimiento del gran poeta. Esta nueva referencia, después de tres



Los interpretes saludando al publico. De izquierda a derecha aparecen los señores González, Márquez, Martínez Mieres, Avila, Larreta, Zorrilla, Guarnero, Solari, Gelós y Bergeret.



Garcilaso Inca de la Vega, retrato imaginario por el pintor cuzqueño Francisco González Gamarra. Oleo.

El Inca Garcilaso, primer cronista del Perú

UNA lámpara de óleo alumbraba apenas, en la catedral española de Córdoba, una losa tumbar cuya inscripción resume con lacónico patetismo, toda una vida; yace allí el Inca Garcilaso de la Vega.

"Varón insigne digno de perpetua memoria: ilustre en sangre; perito en letras; valiente en armas; hijo de Garcilaso de la Vega; de las casas de los Duques de Feria e Infantado, y de Elizabeth Palla; comentó *La Florida*; tradujo a León Hebreo y compuso los *Comentarios Reales*. Vivió en Córdoba con mucha religión; murió ejemplar; dotó esta capilla; enterróse en ella; vinculó sus bienes al sufragio de las ánimas del Purgatorio; son patronos perpetuos los señores Deán y Cabildo de esta Sta. Iglesia. Falleció el 22 de abril de 1616. Rueguen a Dios por su ánima".

Detengámonos en la fecha: 22 de abril de 1616. Al día siguiente, moría en Madrid, don Miguel de Cervantes Saavedra. Nacido el Inca el 12 de abril de 1539, y el español en setiembre de 1547, ¡qué poco tienen de contemporáneos estos dos talentos tan distintos, que vivieron uno casi al lado del otro, apenas ocho años mayor el americano; que murieron con veinticuatro horas de diferencia; que publicaron libros fundamentales en el mismo año, puesto que al aparecer en 1605 la primera parte del "*Quijote*", aparecía también "*La Florida del Inca*". Hasta ahí, las coincidencias. Si muchas cosas, incluso la melancólica llamarada del mestizaje, separan a ambos, el peruano merece un recuerdo no menos reverente. Toda la Hispanidad conmemora este año, los tres siglos y medio que nos alejan de Cervantes. La glorificación de la lengua castellana a través de sus páginas, bien vale esa exaltación póstuma y distante.

Pero damos en pensar en el ilustrado cronista del Perú, a cuya memoria debemos igual homenaje a los americanos, también a tres siglos y medio de su muerte. Lógicamente, la fama y gloria universales del español llevan la delantera al perulero; pero tanta grandeza irradia su genio para nuestro continente, como grandeza irradia la magnificencia de la prosa cervantina sobre toda la raza.

Pero no es fácil escapar al hechizo romántico del Inca sin imperio, del blanco sin amparo jurídico; del hijo del capitán español cargado de un linaje irrenunciable, del hijo de una ñusta que caldeó su alma en la matriz de leyendas del Tahuantinsuyo de sus mayores.

Una silueta melancólica que pasea por el mundo la añoranza del poderío perdido, mientras propugna la reivindicación de su estirpe hispánica, forman el nudo del dramático conflicto del Inca Garcilaso, tan orgulloso de su abolengo indígena como de su prosapia europea, especie de Hamlet o de Segismundo tironeado por vacilaciones íntimas y delicadezas altaneras, conflictual, desubicado entre dos patrias que le pertenecen y dos razas que conviven en él, formando ese hombre extraño, triste y desposeído, arrogante y susceptible, en quien se conjuga el gran drama del mestizo americano, visto en su época como estigma inferiorizante. Una princesa india valía menos que un blanco plebeyo. Y ese convencimiento tortura el alma aristocrática, por aristocracia de sangre y selección de espíritu, de este gran personaje del Perú, historiador de sus grandezas, que era historiar un gran pasado de familia, impregnado con el sello del talento y la elegíaca majestad del descendiente que hace inventario del sepultado mundo de sus abuelos.

Había nacido en Cuzco, corazón del imperio, y existe todavía la solemne casona con altos balcones asomados sobre el Ande, en Cusipata. Desde pequeño le rodeó la riqueza y el fasto, la vida a lo grande que gustaba a su padre, de quien se cuenta que solía tener a su mesa entre ciento cincuenta y doscientos comensales. Sebastián Garcilaso de la Vega y Varras era el típico aventurero de la Conquista, gran señor arrogante, noble y despreocupado, cuya inconsecuencia política le valió el expresivo apodo de "el leal de tres horas". Era su madre una sobrina del inca Cusi Hualpa, la princesa Isabel Chimou Oello, bella y sufrida, sumisa y postergada al fin por una blanca, nada linda, con quien el inestable capitán se casa, cuando el muchacho contaba catorce años. Fue duro el golpe para éste, y lo apegó profundamente a su madre. La formación del adolescente ha sufrido ya las tensiones de dos voluntades. El padre quiere hacerlo español, enseñarle humanidades y relatos de guerra peninsulares; mientras la madre inclina en su corazón, un "sentimental acervo incaico". En el muy exclusivo Colegio de Indios Nobles del Cuzco, aprende latín, música, danzas, armas y religión, junto con los bastardos no menos linajudos de Francisco Pizarro, de Mancio Sierra de Leguizamo, de Juan Collantes, de Juan de Betanzos, de Luis de Valera.

Pero es profunda e irrestañable la herida que le causa la boda de su padre. Y se le adentra la poesía del vencimiento, esa angustia terebrante como queja de yaraví, que le llega por la vía materna. Al morir el capitán, curiosamente, en vez de aproximarse más

a aquella rama, comienza a rondarle la obsesión de reivindicar el apellido y la fortuna paternos, y marcha a España, doblemente amargado por el casamiento de la ñusta con un tal Juan del Pedroche, a quien no podía aceptar por padrastro. Con veintinueve años se despide de su tierra, sin saber que ya no regresaría. Lleva como última y truculente imagen, la visión de las imponentes momias cuzqueñas, recién descubiertas. Después, sobre la nostalgia, nacerá la historia.

La fama del "leal de tres horas" no le ayuda mucho en sus pretensiones ante el Consejo de Indias. Le pisa la sombra, la injusticia; le roe el despecho de verse desdeñado por su sangre indígena, tan noble y encumbrada sin embargo; los prejuicios le ensombrecen y apenan. Se hace militar, lucha contra los moros, va a Génova en el séquito de Felipe II, hereda de su tío cordobés Alonso de Vargas. En la lejana costa del Pacífico, muere su madre. Corren los años, que enriquece leyendo, estudiando, escribiendo. Traduce a León Hebreo. Crece su cultura y merma su patrimonio. Se ordena sacerdote, hacia 1600, sin saberse el motivo de tal determinación. Ahora sus ojos están vueltos tenazmente hacia América, y concluye "*La Florida del Inca*", que es la historia de Hernando de Soto, libro que aparece, ya lo anotamos antes, en 1605. Cuatro años más tarde, sale a luz la primera parte de los "*Comentarios Reales*", ese "maravilloso castillo de melancolías". Con ella, parece satisfacer su ancestro incaico. Mientras que con la segunda, que aparece un año después de su muerte, se diría que rinde tributo a la herencia paterna.

De su vida sentimental, nada se trasluce; apenas si sabemos que una servidora, Beatriz de la Vega, le dio un hijo al que llamaron Diego de Vargas. Una total reserva vuelve enigmático este aspecto de su existencia. Que por otra parte, mucho de enigma hay en ese ser poblado de fantasmas, que murió con un sentimiento de expatriado, despojado de dos mundos que eran suyos por igual, que supo manejar quipus con no menos pericia que usar la pluma, que recons-

truyó el mundo pretérito para ubicar mejor en él, la cifra de un orgullo de estirpe. "El mayor nombre de la literatura americana colonial" —dice de él don Marcelino Menéndez y Pelayo—. Y en verdad, nada más movido, ameno y sabroso que sus crónicas. Pero, al mismo tiempo, y comparando involuntariamente con el estilo de su contemporáneo Cervantes, ¡qué prosa tan rancia y arcaizante la del Inca, que parece preceder cronológicamente en mucho tiempo a la cervantina! En la primera parte de los "*Comentarios*", vibra la nostalgia, los bienes caducos, el eternecido elogio del abolido Incario; en la segunda, arde el espíritu rebelde, combativo, celoso del buen nombre de su padre, tantas veces puesto en tela de juicio. Fundidos en él lo incaico y lo cristiano, es sin lugar a dudas, el primer mestizo ilustre de nuestra América, genio representativo de la raza peruana e historiador eminente de su pasado, aunque muchas veces la imaginación embellezca o adorne la realidad. La ingente rebeldía que asoma en ellos, la reivindicación de lo autóctono, el despojo de la conquista, volvieron sospechosos dichos "*Comentarios*" a los ojos de las autoridades españolas, temerosas del estado de conciencia emancipada que tal libro podía despertar, y por una Real Cédula de 1782 —de abril, siempre abril en la vida y la muerte del Inca— se ordenó requisar cuantos ejemplares se hallaren. Buscada y perseguida, la obra fue desapareciendo. Y cuando en 1814, al mando del Ejército del Norte, San Martín convalecía en Córdoba, sus contertulios sacaron un día el tema del Inca y de su obra. Y tanto le interesó a San Martín, que propuso una colecta para reeditarla, con el debido lujo. No llegó a cristalizar el proyecto, pero demuestra la comprensión del prócer con el espíritu del pretérito cronista del Incario.

¿Y cómo hallar más cabales palabras que éstas de Ricardo Rojas, henchidas de pasión y entusiasmo: "No hay mejor libro para despertar en los jóvenes la vocación de nuestra América. Ni el de Ercilla, ni el de Ruy Díaz de Guzmán, calan tanto en la conciencia americana, ni abren tan vasto panorama en nuestra génesis racial, ni recrean el alma con tan dulces palabras. Su obra tiene el prestigio mágico de las epopeyas augurales".

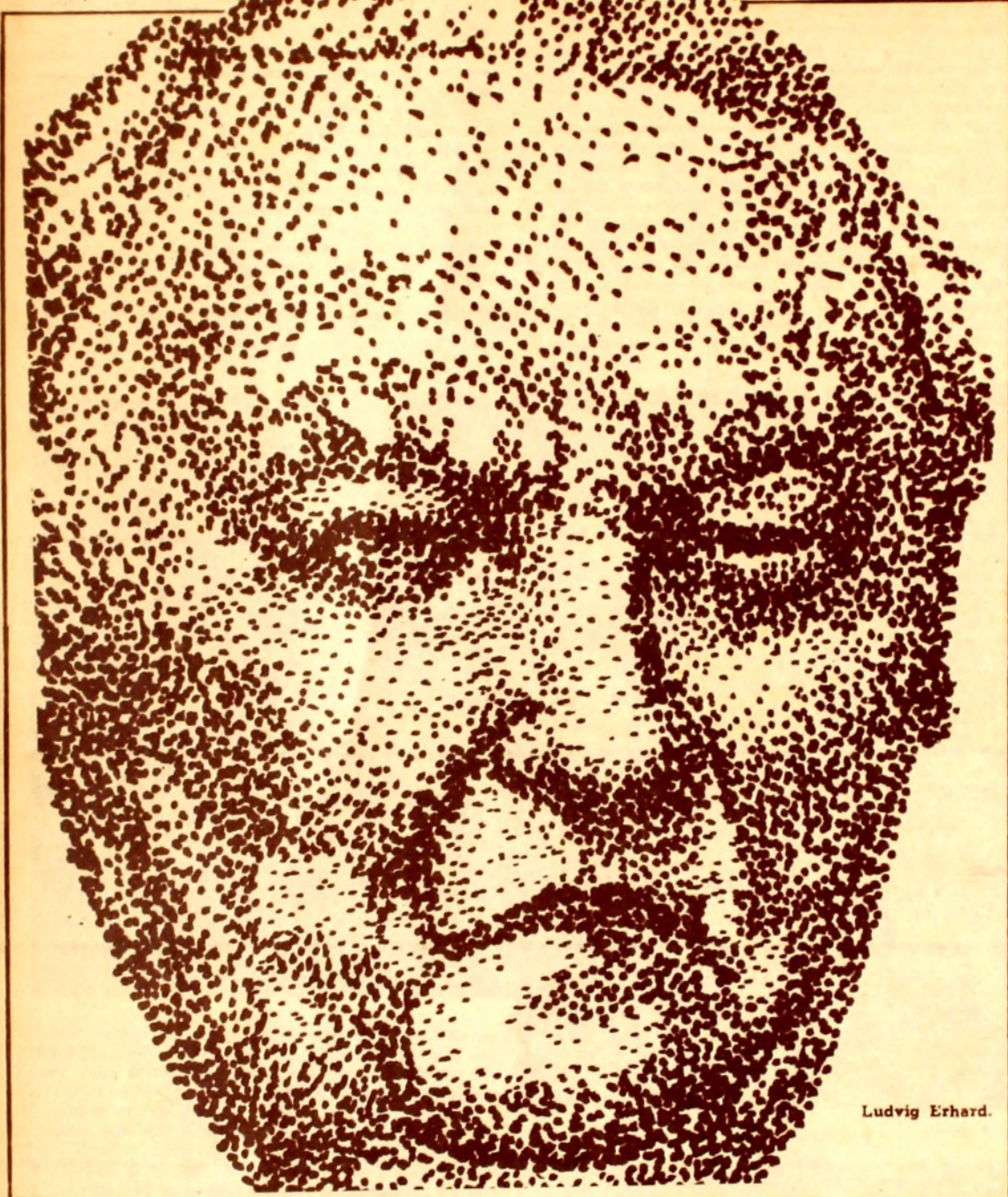
Equivalga el juicio del querido Maestro argentino, al resplandor que alumbró suavemente la lápida del Inca, en la catedral de Córdoba, desde hace trescientos cincuenta años.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

E. Verne 222

REPUBLICANOS DE FORMA Y REPUBLICANOS DE FONDO



Ludvig Erhard.

NO haríamos más que espumar la superficie de las cosas si fuéramos a interpretar como mera política los dolores de parto del nuevo gobierno alemán; ni tampoco habría puesto el pie Alemania en el sendero hacia una vida política sana si se imaginara que los apuros que ha pasado el Dr. Erhard para organizar su ministerio son mero episodio del juego político a la usanza. El nada edificante espectáculo que los partidos políticos alemanes gananciosos han dado al mundo es síntoma de un mal psicológico que conviene diagnosticar si se ha de curar.

Para definirlo mejor quizá convenga esbozar un paralelo entre lo ocurrido en Bonn al suceder Erhard a Adenauer y lo ocurrido en Londres al suceder Heath a Douglas Home. Cuando se hizo patente que el partido conservador inglés consideraba a Sir Alec Douglas Home como rival insuficiente de Harold Wilson, fue el mismo Alec el que *motu proprio* puso en pie el sistema para que el partido eligiera su jefe; y poco después, en cuanto el partido lo hubo aprobado, espontáneamente, dimitió. Se aplicó su sistema, y salió elegido Edward Heath, el cual se puso a organizar su "gobierno-sombra" en plena tranquilidad. No era labor que cabía hacer sin disgustar a no pocos de sus amigos; pues no se oyó ni una queja.

Cuando Eden, obligado por la enfermedad, tuvo que dimitir, el primero en la lista de sucesión era sin duda Butler; pero, aconsejada por Churchill y

por Salisbury, la reina llamó a Macmillan; y cuando años más tarde el propio Macmillan convencido de que el partido deseaba un cambio de jefe, a su vez dimitió, la reina volvió a dejar de lado a Butler y nombró a Sir Alec. En ambos casos, Butler se inclinó con la mayor dignidad ante decisiones que quebraban su carrera política; colaboró con plena lealtad en los gobiernos formados por sus rivales y ni una palabra de crítica o resentimiento salió de sus labios o de su pluma.

La explicación de estos hechos es clara. En Inglaterra, la opinión obliga tácitamente a los hombres públicos a obrar en servicio del interés objetivo y real y no del subjetivo o personal. La actitud personal no se tolera. Si en estos casos aquí recordados algún político inglés hubiera adoptado actitudes semejantes a las que los señores Adenauer, Schroeder, Menda o Strauss han asumido durante la gestación del nuevo gabinete Erhard, se habrían suicidado políticamente. No lo han hecho por dos razones: el pueblo no lo hubiera tolerado; y además no les sale de adentro tal actitud personal.

Claro es que los políticos ingleses son ambiciosos y que hacen todo lo que pueden por auparse al poder; y no es menos cierto que es difícil trazar la raya que separa la labor en mano y el hombre que ha de hacerla. Pero es cosa de estilo, de actitud, de la regla del juego. A Butler lo pasaron dos veces

porque así lo exigía el interés del partido y del país; y por análogas razones pasó el partido después de manos de Sir Alec a manos de Heath. El país no hubiera tolerado otra cosa.

*

El contraste con el caso de Alemania es notorio. Sobre los servicios de Adenauer a Alemania, a Europa y al mundo no cabe discusión. El veterano ex Canciller es uno de los arquitectos de Europa; y con la claridad de sus ideas y la firmeza de su voluntad, consiguió salvar a Alemania del infierno en que la habían sumido Hitler y hacer que recobrara su puesto entre las grandes potencias. Pero se había declarado por su retiro de la Cancillería; y aún después de retirado, su poco sabia decisión de continuar en la presidencia del partido y sus empujones extemporáneos al codo del que le había sucedido en el volante.

Gana el partido las elecciones y surge un canciller claramente designado por el sufragio a la atención del Jefe del Estado. Pero, ¿cómo va el Dr. Erhard a cumplir como es debido su delicada misión de constituir un gobierno según las reglas de la cosa pública, cuando siguiendo el mal ejemplo del Dr. Adenauer, no hay actor en la compañía que no se ponga a dar su opinión en voz alta sobre la distribución de los papeles?

Y no se limita el mal a Alemania. Es un mal europeo, ya que se observa en una amplia zona del continente sobre cuyos bordes cabe opinar, pero que en todo caso abarca a todas las naciones latinas, al gunas eslavas y quizá a una o dos de las germánicas. Para describir este mal conviene plantear una cuestión previa. Suponiendo que se consideren como políticamente logradas aquellas naciones que consigan llevar adelante la evolución de sus instituciones sin tener que recurrir a la violencia, ¿cómo es que las naciones más logradas de Europa son todas monarquías, con la única excepción de Suiza? ¿No habíamos quedado en que la república era forma más "avanzada" que la monarquía? Queda pues por explicar esta paradoja, así como su excepción, la republicana Suiza.

Imaginemos a los europeos sentados en torno a una mesa sobre la cual se echa un problema. Los europeos se dividirán en dos grupos. Unos preguntarán: ¿Qué es lo que hay que hacer? y otros: ¿Quién va a hacer esto? Los llamaremos pues los pueblos que y los pueblos-quié. Los unos se concentran en las cosas; los otros en las personas. Dado que en latín, la cosa pública se dice *res-pública*, a los pueblos-quié los llamaremos republicanos; mientras que a los pueblos-quié, los llamaremos monárquicos, que monarquía quiere decir el mando de una persona. A fin de distinguir a estos republicanos monárquicos que lo son por carácter y temperamento de los que lo son por ideología, diremos de los primeros que son republicanos (o monárquicos) esenciales o de fondo, mientras que los otros lo serán tan sólo formales o de forma.

*

Ahora podremos resolver nuestra paradoja y su excepción. Los pueblos esencialmente republicanos se ocupan de las cosas, y claro que las van resolviendo. Viven, pues, en relativa paz interior. Si tenían monarquía, siguen con ella, aunque republicanizándola en su sustancia. Así se explican Inglaterra, los países escandinavos y Holanda. Si tenían república siguen con ella. Así se explica Suiza.

Por contraste, los pueblos-quié, monárquicos esenciales o de fondo, como sólo piensan en las personas abandonan las cosas. Abandonadas las cosas van mal. Donde no hay harina todo es mohina. La gente está descontenta. Le echa la culpa al régimen. Si había monarquía, la tira. Si había república, la tira. Así se explican Grecia, Italia, España y Francia, donde ya llevan cinco repúblicas y están preparando la sexta.

Parece que los alemanes se inclinan al signo de pueblo-quié. Su monarquismo esencial explicaría su tendencia a andar siempre buscando un Caudillo, un hombre fuerte. Pero, con o sin Caudillo, las cosas de la nación, o sea la *res-pública*, sólo marchan bien en un país de espíritu republicano. Y por lo tanto, el porvenir, no ya de Alemania sino de Europa, depende de que los pueblos-quié aprendan de los pueblos-quié a atender a las cosas más que a las personas, y sólo a las personas en cuanto sirven o no sirven para las cosas. — (ALA).

Salvador DE MADARIAGA

(Exclusivo para EL DIA)

La reunión y muestra de objetos de procedencia musulmana se inició en El Cairo con la creación del Museo Arabe, en 1880, dentro de la mezquita de al-Jakim. En 1903, el museo tuvo su lugar propio. Se llamó — no podía ser menos — de Arte Islámico. A la obra de los países de lengua árabe debía sumarse la de otras culturas del mismo credo y distinto origen: Turquía e Irán. Los imperios otomano y persa habían, por otra parte, influido notablemente en distintos periodos de expansión y dominio de los centros con raíz árabe. En el mismo El Cairo, la mezquita que más atrae a los visitantes, que se muestra primero, es la de Mohamed Ali, en la Ciudadela, construida, precisamente, por los turcos. Afirma que no es la más importante; tampoco la más rica. Pero su espectacularidad se impone.

Por otra parte, había que abrirse al islamismo como hecho integral. Y recoger, en colección ordenada, ejemplos de la más diversa procedencia. Por lo que cada uno de ellos significa; por lo que influyen o

ha guiado nuestro mal conocimiento de aquella cultura. La rectificación acerca del periodo faraónico y de sus aportes es un hecho. Después de ciertos estudios actuales sobre la estatuaria prealejandrina — el de Aldred, especialmente — ya nadie hablará del hie-ratismo, de la inmovilidad creativa y otras simplezas que, por años se mantuvieron orientando nuestro saber. Pero también merece similar revisión lo islámico. Que no se reduce a una forma. Y que, al precisar sus tendencias, no se orienta, tan sólo, a cuidar la ornamentación, obviando sistemáticamente la versión de lo animado. Si uno de los principios coránicos establece que el artista se prive de la alusión a seres vivos en la pintura y escultura, esto no impidió el desarrollo de una iconografía bastante rica. La fuente del patio de los leones en La Alhambra — el caso más conocido y divulgado — no es excepción. Tiene antecedentes. Y variantes inmensas; en estatuaria y, sobre todo en la pintura y la decoración policroma aplicada al edificio y al objeto de uso.

Después de la conquista árabe en el 641, las dinastías tulúnidas fijan la independencia del Estado egipcio, por el siglo IX. Ibn Tulun, a quien se le debe la más solemne y digna de las mezquitas que quedan en pie dentro de El Cairo, consolida al país como centro musulmán. La orientación artística de este periodo tiene sus raíces en la versión abassida mesopotamia, asimilada, renovada. Y es el califato abassida el que concluye con la etapa, a la que habrá de seguir la dinastía Fatimida por dos siglos, entre 969 y 1171. Ellos fundaron "al-Kahira", la "Victoriosa", actualmente El Cairo, capital relevante. Se trata del capítulo creacional más rico, quizá. Sin duda, es el que logra mayor expansión. Llegan al Sur de Italia y a Andalucía en España.

La riqueza de su labor, dentro de la plástica, en la ornamentación, en la artesanía roza con límites insospechables. Por la riqueza y dominio del detalle, por el equilibrio del mundo fantástico, único, distinto, que imponen con sus formas, por las que demuestran el más amplio dominio de las materias desde el cristal de roca hasta la madera y los metales.

MUSEO ISLAMICO DE EL CAIRO



Trozo de pintura al fresco que originalmente decoraba un baño fatimida (siglo XII).



Panel de madera con caballos en incisión profunda. Siglo XI. Dimensiones: 22 cm por 33.

cuentan para las variantes de solución dentro de las diversas disciplinas y los distintos países.

En lo que respecta a Egipto, la constancia documental de su historia musulmana, que es donde se apoya el presente que conserva y lleva adelante, era empresa de suma importancia. Si las turistas septuagenarias se sienten impelidas a ir hasta el Nilo con el único propósito de llegar a fotografiarse en un camello, delante de alguna pirámide, ese constituye su propio problema; y no merece, siquiera la intervención del psicoanalista. Para quienes nos interesamos por la actualidad y reconocemos que la presencia del pasado es testimonio vivo, del que se alimenta nuestra inquietud humana, la propuesta será otra. No abandonaremos — ¿por qué? — la grandeza faraónica. Pero cuidaremos de bien conocer la exquisitez del proceso copto y atenderemos con suma preocupación a lo musulmán.

Una visita al Museo Islámico de El Cairo, aún la más distraída y superficial, anulará los esquemas torpes, simplistas; esos, por medio de los cuales se

Por otra parte, los estilos del quehacer islámico son muchos. Y hablo de estilos por respetar un término tradicional que tiene, no obstante, entidad relativa. Sobre todo, la expresión no ha de adoptarse como versión formularia. Mejor cabe aceptarla en su carácter de diseño orientador de determinada etapa; y ese diseño general admite tantas variantes como se quiera.

El Museo Islámico de El Cairo se ha enriquecido hasta contar con varias decenas de miles de piezas, reuniendo colecciones completas, o poco menos de determinadas artesanías. Contiene, asimismo, partes de edificios y fuentes. A la propiedad de coleccionistas que pasó a integrar su acervo, se suma el resultado de investigaciones, de excavaciones, de estudios sistemáticos y cuidados. Un mundo entero, complejo, bien clasificado y ordenado, se abre a la apatencia de quien quiera descubrirlo, pese a estar cerrado todavía, a la divulgación del conocimiento en Occidente. Y alimenta el saber de los especialistas de todo origen. Las publicaciones del Instituto contribuyen a difundir saber tan apasionante.

Después de los cruzados, las dinastías se suceden con cierta rapidez y poca afirmación, pese a la serena y relativamente rápida estabilidad de los Ayyubidas. Un nuevo y otra vez glorioso capítulo se abre con el dominio de los mamelucos. Su esplendor queda testificada, entre otros monumentos, por la mezquita del sultán Hassan. En 1517, dio comienzo el imperio otomano. Y se reinicia otra etapa de grandeza para las artes.

La historia no es, pues, estática, ni Egipto sigue aislado en su etapa islámica. De tanto y tan poderoso ser y hacer, los testimonios más claros, eficaces, probatorios y dignos, están reunidos en este museo distinto. Si alguien recorre, para entrar en contacto con el mundo musulmán egipcio las mezquitas, los mausoleos, las escuelas de teología, los zocos, tendrá ineludiblemente que completar su peregrinaje en él. Y volver. Y recapacitar.

Arq. F. GARCIA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)



Panel de mármol del siglo XIV; inscripción mameluca Nashki en bajorrelieve que significa: "Gracias en el nombre de Dios". Dimensiones: 27 cm por 11 cm).

ENTRE los museos de El Cairo, el Egipto, que guarda los restos de la antigüedad faraónica es, siempre el más visitado. Merece esa atención; por la importancia de sus colecciones, por la magnitud de las series que contiene y su efectiva excepcionalidad.

productos de dicha procedencia tienen o pueden tener tal cualidad. Y así se reconoce sin esfuerzo. También ocurre que el occidental reduce los caracteres definitorios de su línea artística, a un esquema simplista. En rigor, se esfuerzan poco por comprender a fondo su tipicidad, su distinte. Los estudios más difundidos son parciales y no siempre revelan interés real sobre el punto. Pareciera como si trataran los productos documentales de un mundo aislado, aparte, que sólo merece atención porque sostiene un legendario exotismo y conduce al ensueño romántico.

Entre los musulmanes, la edificación y el objeto de culto que atestiguan su intensa y larga vitalidad, siguen siendo construcciones y cosas presentes, de utilización continuada. Son parte natural de lo cotidiano. Esa vigencia es la que anula su espectacularidad. No se trata, en general, de piezas para aislar y ser catalogadas; para contemplarlas por puro goce. Se ligan estrechamente al culto y quehacer habituales. Y, con

Todos los países musulmanes han organizado y mantienen, entonces, uno o varios museos de arte islámico, donde se recogen, catalogan, evidencian y califican los productos valiosos de su autenticidad. Salvan de la destrucción posible todo aquello que perteneció a algunas casas de culto que cayeron en ruinas o que fueron destruidas por circunstancias ajenas a la voluntad, de perennidad actualísima que comanda la posición del creyente. Buscan y restauran con afán ejemplar, muebles, fuentes, cerámicas, textiles, útiles, artesanías y formas plásticas que estuvieron en las casas de los grandes o en las moradas de los reyes. Los cambios de dinastía, la acción política, tiene proyecciones distintas de las que se imponen para el ritual mantenido. Y los tesoros de esa procedencia, desperdigados, a veces parcialmente destruidos, mal guardados en colecciones privadas, pasan al Museo. Y si son obras hermosas (la mayor parte de las veces, exquisitas) resultan sobre todo, testigos



Lámpara de cristal esmaltada con el nombre del Sultán en-Nasir Muhammad ibn Kalsuun. Siglo XIII. Altura 24 cm.

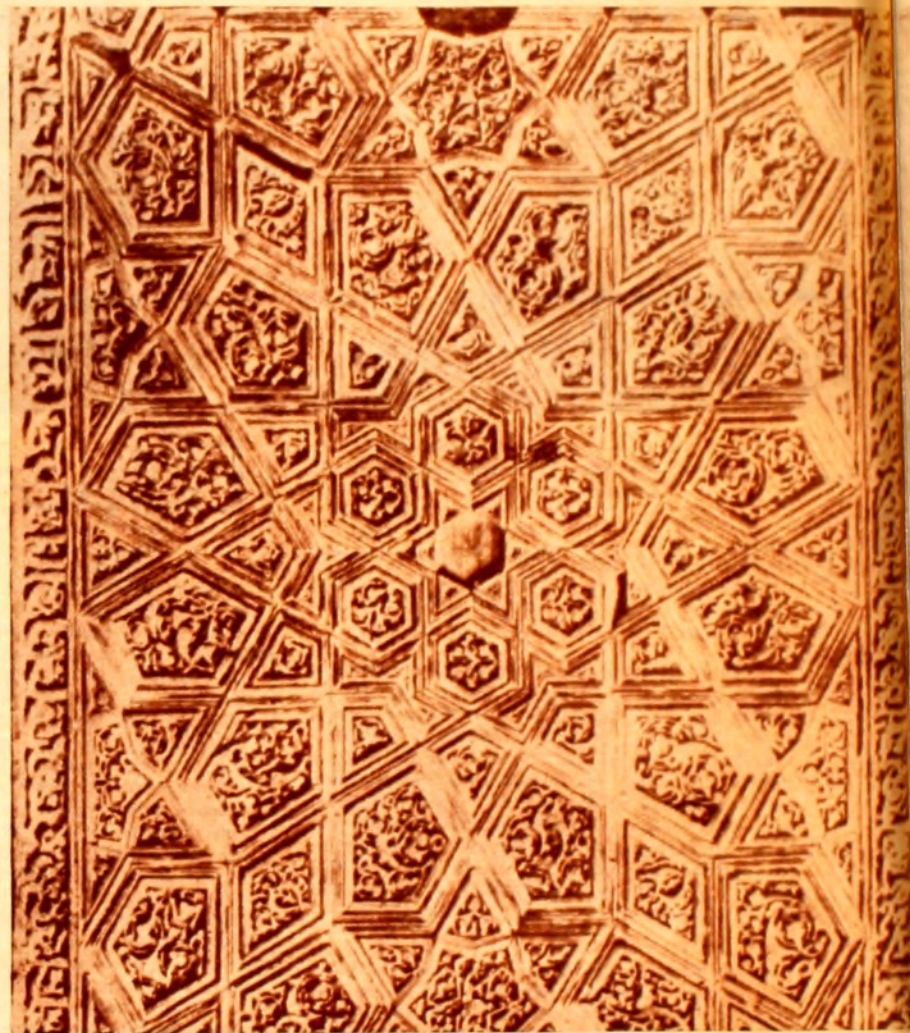
Si doquiera, en el mundo, se hallan obras destacadas de aquel origen, algunos periodos de su complejo proceso sólo pueden conocerse bien en la capital egipcia. Aparte de que es allí donde están ciertas estatuas y sarcófagos esculpidos que son, para la estima y el estudio serio, objeto claves, necesarios al buen conocimiento de dicha cultura. Y todo ello, aparte de los tesoros en joyas y de la macabra, inusual y alocucionadora sala de las momias. Si mucho fue robado, si el extranjero se enriqueció de restos valiosísimos a expensas de una política y un comercio de antigüedades, al fin detenidos o bien controlados, lo que queda en Egipto linda con los extremos de la fábula.

De todos modos, prefiero, como Museo, el Copto; me he de referir a él más adelante. Merece capítulo aparte. Como lo merece el Islámico; más complejo y múltiple. Y él será tema de esta nota.

*

Empiezo por señalar que la misma existencia de un museo de arte islámico constituye un hecho con ribetes insólitos. Porque denuncia la conciencia de que los objetos de esa cultura poseen valores estéticos. Y esto no coincide, exactamente, con la original propuesta musulmana. Es decir: para el europeo, los

otro sentido del tiempo, pasado y presente se funden. Pocas mezquitas fueron desafectadas del uso. En pocas se acometió la tropelia del despojo de sus partes y atributos para calificarlos en una ordenación o muestra por categoría. Porque el rico mimbar de tradición solemne, rica materia y diseño excepcional, no se contempla como obra de arte, sino como parte de la actividad religiosa normal. De igual manera, con similar integración a un conjunto de uso corriente se reconocen las tracerías, los mosaicos, las lámparas, los tapices, los varios ornamentos, los inmensos cirios que se levantan como centinelas a los lados del majrab, el nicho que señala la dirección de la Meca. Y si todo esto es parte de la realidad actual y cuenta por el uso que sigue teniendo, más respetable — intocable — es aquello que se vincula a los enterratorios, relicarios y tumbas. En las viejas casas, en los palacios antiguos, la posibilidad selectiva, la capacidad expectable es otra. No interesan exactamente al hombre normal y corriente. Son testimonios de un pasado. Y el pasado siempre vale en la medida que es presente o que alimenta al futuro. El estudioso tiene, a ese respecto, actitud opuesta. Y se arroja otras atribuciones. Además, debe ponerse en evidencia, para todos, el nivel cultural, auténtico, alcanzado. Puede entrarse en legítima competencia con Europa.



Panel de madera compuesta por pequeñas formas de estrella decorada con hojas y esculpida en diferentes niveles. Siglo XII. Dimensiones 79 cm por 67.

imprescindibles a considerar, por lo que significan y por lo que cuentan para cimentar la grandeza de una actitud actual, programada o aceptada.

El occidental que se preocupa de cierto por las manifestaciones de la aludida formalidad plástica, cuidan de analizar sus características, de apreciar sus valores y el proceso técnico. El musulmán visita, también, esos amplios institutos donde se guarda el testimonio de un esplendor en el que se sienten comprometidos. Y no importa que al visitante lo cubran harapos; siente y comprueba la excepcionalidad perenne que entienden forma parte de su condición y su orgulloso aislamiento.

Si por siglos se alentó y justificó el odio entre los mundos aparte — moros y cristianos — y ahora esa contienda se admite en plan de superación, lo cierto es que, en los hechos, siguen alentando el antiguo germen del desprecio, de la pugna violenta por afirmar primacías. Esta situación alcanza también a las formas del arte. Es ridículo. Pero ocurre. Y no me da la gana de seguir callando una evidencia ladinaamente silenciada. Más: la denuncio crudamente. Porque si no se reacciona, todos los planes de acercamiento Oriente-Occidente son palabras y programas en el papel.

EL MUSEO

MILERO DEL MONT SAINT MICHEL

Vauvilliers y de los lugares célebres de París (600.000 personas).

En 1922, se le devolvió al culto, haciéndose importantes peregrinajes, sobre todo los 29 de setiembre en que se festeja a Saint Michel.

*

El acceso, se realiza a través de una sola calle empinada y bordeada de comercios, llenos de "souvenirs" para los turistas; abundan igualmente hoteles y restaurantes. Pero no se vaya a creer que toda esta "explotación del turista" es de época reciente. Hace siglos que tal industria existe y ya en el pasado se vendían efigies de San Miguel y ampo-

llas de plomo conteniendo arena del lugar. Todo esto puede que al amante del arte lo disguste un poco. Pero, como si se tratara de una alegoría, esta parte prosaica está en lo bajo, mientras la espiritual se encuentra en lo alto del monte. Es de señalar sí, que en la zona de la prosa, está el renombrado restaurante de la "Mère Poulard", con su especialidad: la famosa "omelette", para delicia de los comensales y que ha hecho que a Saint Michel se le considere la "Catedral" de la sabrosa y nutritiva preparación culinaria. La confección de este plato, se hace siguiendo escrupulosamente una especie de ritual, que nos convence de que verdaderamente, a veces, "se come con los ojos".

En el momento de alejarnos, senti una gran pesadumbre: dejábamos atrás un hermoso sueño hecho realidad, un castillo de hadas que habíamos podido visitar, un delicioso recuerdo de momentos pasados al margen de toda noción de tiempo, de preocupaciones y de sinsabores del vivir cotidiano.

Con razón pudo decir Víctor Hugo: "Aquí sería necesario amontonar los superlativos de admiración, como los hombres han amontonado los edificios sobre las rocas. Es el más bello lugar del mundo".

Arq. César J. LOUSTAU

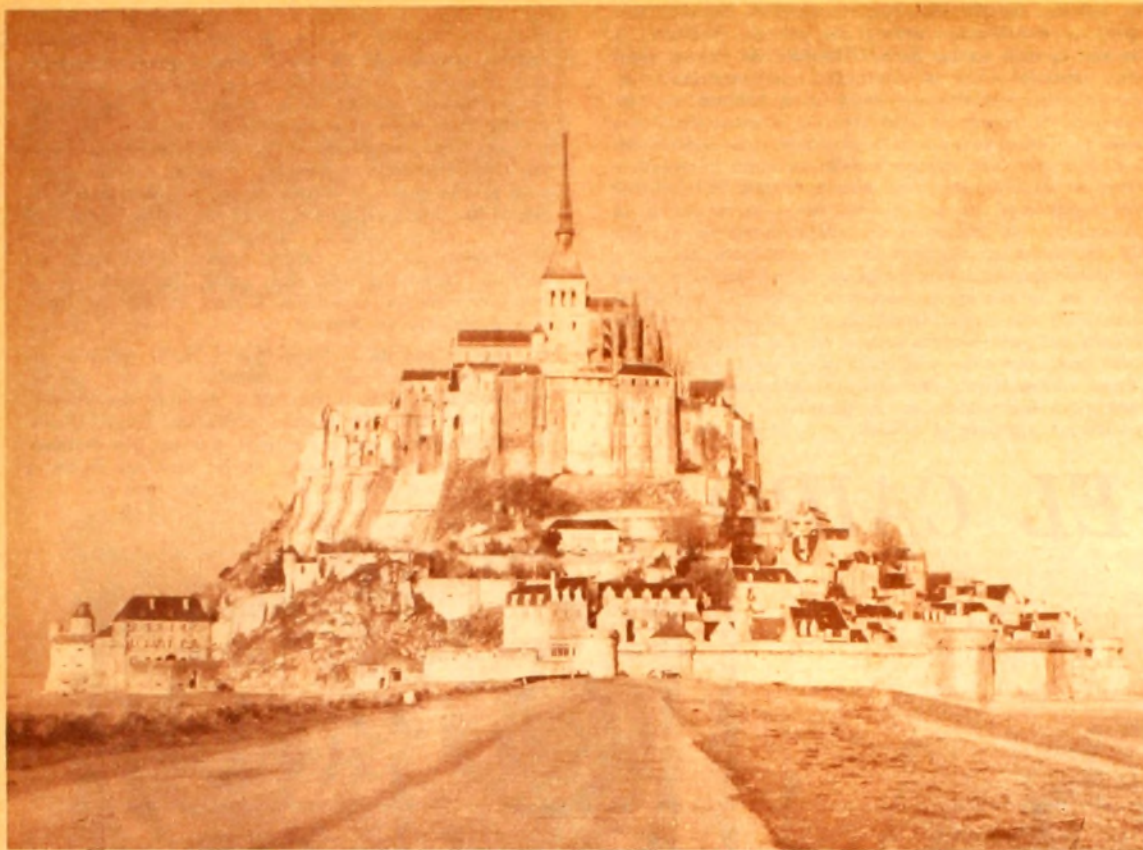
(Especial para EL DIA)

(Fotografías del autor, salvo la aérea)



Foto aérea en la que se puede apreciar magníficamente el Monte y sus construcciones.

EL MILENAR



Vista del Mont St. Michel desde la carretera, dique de acceso de casi 2 km de extensión.

Un monumento de ensueño, joya monstruosa, grande como una montaña, cincelada como un camafeo y vaporosa como una muselina.

GUY DE MAUPASSANT

TENGO presente, aún hoy, después de varios años, la impresión de cosa sobrenatural que me invadió al llegar al atardecer —casi de noche— al Mont Saint Michel. Emociones como ésa, son imposibles de olvidar. Allí surge inesperadamente, fantasmagóricamente, el famoso peñón, en el cual —hace exactamente mil años— unos monjes benedictinos decidieron construir a horcajadas, un templo dedicado al Arcángel San Miguel.

En conmemoración de dicho aniversario, se proclamó en Francia, desde el 29 de setiembre de 1965, hasta el próximo mes de octubre, "año del milenario del Mont Saint Michel". Justamente en el pasado mes de mayo, veintiún monjes benedictinos de la vecina Abadía de Saint Wandrille, realizaron el recorrido bajo lluvia y dascalos, emulando lo que hicieron hace diez siglos, sus antecesores. Permanecerán enclaustrados seis meses, por lo que en ese lapso se prohibirá a los turistas el acceso a la Abadía.

Hemos experimentado sensación de deslumbramiento frente a muchas catedrales góticas, por ejemplo. Pero aquí, la conjunción de la naturaleza y el hombre o, si se quiere, el haber domeñado la mano del constructor medioeval al famoso peñón, en un



La foto, tomada en una mañana brumosa, nos muestra a lo lejos el ábside de la iglesia, la torre llamada de "los Cornejas" y la "Merveille".

anso de cielo, es algo que realmente resulta difícil de expresar con palabras.

Llegando después de recorrer la recta y llana carretera-dique, para contemplar la enorme mole, hay que mirar hacia arriba y recibimos así una sensación de altura inaccesible y de irrealidad manifiesta. No pude evitar restregarme los ojos, para cerciorarme que realmente no estaba soñando. Y creo que lo mismo debe ocurrir a todo visitante.

Produce un efecto muy especial de cosa increíble, de algo que linda con lo fantástico. Y lo decimos sin temor a pecar de cursis, porque, evidentemente, espectáculos como éste, arrancan inconscientemente exclamaciones de asombro y de admiración que pueden parecer banales o exageradas a quienes no tuvieron oportunidad de contemplar semejante maravilla.

Este capricho de la naturaleza, surgiendo del medio de las aguas unos ratos, de la tierra en otros, comporta algo de atemorizador y casi diríamos de misterioso, a pesar de que el fenómeno a que obedece, es perfectamente conocido: las mareas, que determinan aquí desniveles de quince metros, entre las pleamareas que convierten al Monte en isla y las bajamareas que lo unen al continente. Es conveniente, para beneficio del turista, elegir las épocas de "luna nueva" o, mejor aún, de "luna llena", en que el fenómeno alcanza su máxima dimensión, además de que, con buen tiempo, es visible de noche y resulta un espectáculo digno de ser descrito por un poeta. Por el hecho de quedar a intervalos el Monte separado de tierra, con razón se le llamó St. Michel-au-Péril-de-la-Mer; muchos arrojados o simplemente descuidados peregrinos, pagaron con sus vidas, el intento de hacer la travesía hasta la Abadía, alcanzados por el flujo de las aguas.

Los ingenieros franceses están poniendo a punto actualmente, un audaz proyecto: aprovechar esta fabulosa fuerza hidráulica para producir energía eléctrica. Será menester construir un dique que cierre la bahía de Saint Michel, de más de 30 kilómetros de largo, pero la energía resultante será del orden de los 20.000 Kw/h, o sea más de la mitad del consumo actual de Francia.

En el 708, según cuenta la leyenda, San Miguel se le habría aparecido al Obispo de Avranches —posteriormente Saint Aubert— ordenándole la erección de un santuario. Acicateado por el Santo, decide al fin cumplir el designio celeste: seguido de un cortejo de monjes armados de picos y palas, emprenden la titánica obra. Establecidos en el Mont Tombe, que a partir de entonces se le denominó St. Michel, fueron objeto de numerosas dádivas que convirtieron en ricos y opulentos a sus habitantes. El lujo y la pereza hizo carne en ellos, cayendo en desprestigio el santuario. Fue entonces que Ricardo III (apodado "Sin Miedo"), duque de Normandía, hizo venir a monjes benedictinos en el 966, quienes fueron amos y señores del Monte hasta 1622. Según las crónicas de la época, durante ese tiempo "rezaron, estudiaron y construyeron", sobre todo construyeron, subrayamos nosotros. En el siglo X, este primitivo oratorio se transformó en una iglesia carolingia; en el siglo XI nuevas reformas tomaron por base las construcciones anteriores; en el año 1020 el duque Ricardo II funda la iglesia románica, de la que subsisten hoy día la nave y el transepto. En 1203, Guy de Thouars, que guerreaba para el rey de Francia contra el duque de Normandía —a la sazón rey de Inglaterra— puso fuego al Monasterio. Felipe Augusto, en compensación, con una largueza verdaderamente real, indemnizó a los monjes, quienes pudieron así hacer la estupenda obra que se denominó desde entonces "la Merveille".

En 1254, el propio San Luis va en peregrinaje, distribuyendo en tal ocasión importantes donaciones, con las cuales se pudieron terminar las fortificaciones. Más tarde, otro monarca francés visitaría el santuario: Felipe el Hermoso, el que a su vez, dio muestras de una gran munificencia.

Durante la "Guerra de los 100 años", se mantuvo como una fortaleza inexpugnable, puesto que los ingleses, a pesar de haber intentado en repetidas ocasiones apoderarse del peñón, fracasaron en todos sus intentos. Posteriormente debía pasar por otra difícil prueba: las guerras de religión, de las que también resultaría indemne. A partir del siglo XVIII, su destino habría de ser menos glorioso: servir de prisión y, posteriormente, de cárcel para delitos comunes hasta el año 1863.

En 1874, se le cataloga Monumento Histórico y, desde entonces, se le conserva con esmero. Hoy día es uno de los monumentos de Francia más frecuentados por los turistas, inmediatamente después de

A mal duro, remedio fiero



—No la dueblan ni diez ventarrones amarraos...
—Vea, don Yarza: ombuses muy grandes han quedao con la ramazón como osamenta de tararira, —contestó Roldán.

La cuestión fue que al cabo de un rato, envueltos en sonoro palabrerío, entraron en la sala el hermano de Yarza y su cuñada. Detuviéronse. Hubo un cambio de miradas entre los cuatro, luego un silencio largo. Roldán púsose de pie y comenzó a frahear con musical acento y apostólico ademán:

—Vea, doña: ocho leguas he hecho hoy a lomo de montao pa bien de hablarle. Usté no puede, ni debe, ni tiene, ni yo hallo un motivo, y menos un porqué, y más que menos una explicación, pa que usté ponga la casa de este hombre, que es su marido, patas arriba dende el mueble al animal y dende el animal al cristiano...

Y en tanto, con tanta elocuencia como persuasión el mediador seguía ensartando razones en el hilo de su discurso, doña Cora lo contemplaba de hito en hito... hasta que pasado quizá un cuarto de hora de oraciones, la mujer súbitamente estalló. De sus ojos brotaron las chispas de dos centellas vibrantes.

—¿Y usté quién es, don barriga sumida, patas de alambre, pa meterse en un corral que no es suyo y levantar ovejas que no ha compraó?

—Yo soy, doña —comenzó su respuesta el hombre medio achicado pues no esperaba aquella descarga— yo soy...

No lo dejó terminar ella:
—¡Usté lo que es un viejo introducido, atrevido, insolente y creído! Con esa crin chorreada de tordillo maceta y esa barba de chivo desguampiao...

El anciano tuvo una pequeña reacción:

—¿Cómo, cómo?

—¡Con esa crin de tordillo maceta, he dicho!

—¿Y qué más?

—Y esa pera de chivo desguampiao!

Calló doña Cora, pues tuvo que tomar aire. Roldán hundió en el pecho su cabeza. Enmudeció. Pasaron diez minutos dramáticos. Nadie se movía. La misma doña Cora se sintió como desnorreada ante la actitud petrificada del forastero. Al fin éste levantó la testa, llevó los ojos a don Juan Yarza y le dijo:

—Mire, don Juan Yarza: cuando el mal es duro el remedio tiene que ser fiero. Esto es algo que todo hombre debe saber...

Sobre una mesa había un arreador, de esos de tropero. Transfigurado bruscamente el viejo se estiró, botó como elástico y allí mismo comenzó a aplicar

la trenza sobre la humanidad de doña Cora con incomparable solvencia. De vez en cuando el serpenteante látigo chamuscaba a alguno de los peones y sirvientas que se habían amontonado en la entrada, atraídos por el diálogo... Aquello fue Troya. Doña Cora cayó tragando quejidos. Y aquí fue cuando don Juan Yarza, ante el trágico espectáculo, se electrizó.

—¡Basta! —gritó.
Pero Roldán había estirado todas las cuerdas de su furia. Gruñendo expresó:

—¡A usté también debía cáirle de arreador por consentido y carnero, y...

No concluyó. Yarza desenvainó un puñal —que llevaba siempre— y de un planchazo le alisó las canas al otro, planchazo que retumbó como un disparo. Al suelo fue Roldán... Y obsérvese el misterio que se oculta en los vericuetos del espíritu: doña Cora al oír el agudo grito de su esposo conoció que aun él era de ella y ella de él. Vertiginoso pasó por su mente el pasado... y enderezándose vio que Yarza, desencadenada toda su saña, se iba sobre Roldán, para ultimarle. Entonces fue ella la que se abrazó a su compañero, desesperadamente. Y gritó:

—¡No, Juanchino! —era el sobrenombre que ella mismo le puso cuando eran novios...

*

Un año después, ya serenado el espíritu avasallante de doña Cora y puesto en su punto el modo tolerante de Yarza, es decir: corriendo la cosa como lógicamente tiene y debe ser en una sociedad conyugal, el estanciero, en rueda de amigos —entre los que estaba Roldán— recordando aquel día dramático, sonriendo dijo a su hermano:

—Entonces, hermano, ¿este era el hombre que arreglaba todo a juerza de palabras? Ha de ser que las de él marquen porqué Cora entodavía conserva en el lomo la señal de algún chirlo...

Roldán habló:

—Vea, don Juan: más de quinientos asuntos he arreglao a consejo y manera; pero con misia Cora tuve que apelar a otros yuyos. Usté mismo aquel día destapó un frasco ande guardaba algo mesmamente fiero: el planchazo que me asentó en el mate no tuvo nada que ver con su prudencia y su bondad tan mentadas...

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)

...cosa empezó por algo poco más de nada. Dona Cora coscorroneó a un negrito, apenas le aplastó las motas. Todos los niños que vivían en la estancia conocían a fondo lo que era un coscorrón. Pero no sabe por qué estado de ánimo pasaba el negro, levantó unos alaridos que fueron como leznas adentro de todos. La morena Doralina —su madre— acudió al toque, y al cuarto de hora la usara un punto más que el infierno. Cuando el fuego entre doña Cora y Doralina se hizo tempestad, el amo, don Juan Yarza —hombre mentadísimo por su prudencia y bondad— quiso mediar.

—Pero Cora, termine ese fandango y vos, Doralina, segui tu quihacer. ¿Quién no ha recibido un coscorrón en lo largo de la vida? Por lo de pronto yo me tragao pescaos con espinas muy bravas y no me man rayao la garganta.

Aquello fue echar paja al fuego. Doña Cora cambió la dirección a sus denuestos:

—¿Y usté por que no se anuda la lengua? Aura me sale defendiendo el trompudo éste. ¿Por qué no me abre de mí y se enyunta con esta negra deslenguada?

Terció Doralina: cada frase fue una rociada de veneno. Y el descomunal griterío, al que le hizo coro un grupo de peones y sirvientas que poco a poco se habían ido arrimando a la función, y fondo escalofriante los berridos del negrito —ahora espantado por el cataclismo— se volvió tan imponente al traspasar las puertas y salir campo afuera con fragor de cañón, que los animales caseros no tuvieron otro remedio que completar el concierto: cerdos, gallinas, pavos, gatos, chivos, dos ovejas guachas, tres pascos de las niñas, los caballos del piquete, el burro de barril y cuatro cotorras que convivían en un jaulo de cañas expresaron sus sentimientos con la misma potencia...

Recién al atardecer se apagó el incendio. Pesó sobre todos los rincones de la estancia un silencio impresionante. El patrón cenó en su cuarto, doña Cora, en el comedor. De vez en cuando soltaba tres o cuatro palabras, último movimiento del oleaje desbordado de la tempestad.

Al día siguiente llegó un hermano de Yarza. Se presentó como perdido e indeciso cuando entró en la estancia.

—¿Y Cora?
—Por ahí anda... Creo que viá cortar la relación.

—Pero ¿qué pasó? ¡Hablá, por tu ánima!
En voz baja, temerosa, el hacendado narró lo que le había pasado el día anterior. El hermano, luego de meditar un momento, habló:

—Esto no puede ser, canejó! Con hijos chicos, la estancia asentada, ovejas criando lana y vacaje pagando ¡no! Aura mesmo salgo a buscar a mi compadre Roldán. Conversando nomás él va arreglar este trengenal, cada palabra suya es un bálsamo...

Este compadre del hermano de Yarza había hecho fama de varón sensato. Su tendida melena, gris por el tiempo, su pera, sus ojos de profundo mirar, daban una autoridad serena aunque poderosa; y la palabra le salía de la boca con una convicción, de ademán sonoro, severo el modo...

Llegaron al otro día sobre las diez de la mañana. Había una quietud extraña en las poblaciones de la estancia. Puertas y ventanas cerradas. El hermano de Yarza y su compadre se apearon. Sobre las losas de la veranda que llevaba a la entrada avanzaron con paso firme, encogidos los ánimos por aquella quietud siniestra. Entraron. En la oscuridad de la sala don Juan Yarza estaba mate, que una china cebaba. Parecían dos hombres patrón y criada.

—Güen día, Juan. Mi compadre...

Púsose en pie el hacendado. Sin decir palabra estrechó la mano que le tendían. Sorbió un amargo sorbo de forastero, otro el hermano, que después habló:

—Mire, hermano: esto más parece campo santo que casa de cristianos vivos. Llame a Cora y que se termine esto.

—Vea, hermano...

—¡Llame a Cora, he dicho! ¡Pa eso ha venido mi compadre!

Don Juan se rascó largamente. Dijo:

—Ta bien. A ver, Tunica, llamá a la patrona.

—¿Yo?

—¡Vos mesma!

—Patrón, la cosa va a ser...

—¡Corte y reparta, dijo el finao Caraciolo! Marche!

Allá fue la criada con vacilantes pasos. Y ya se oyó el clarín de doña Cora tocando a degüello...

Lentamente pasó la puerta, por donde había pasado la china, el hermano de Yarza. Y se oyó su voz suave, su acento conciliador, entreverada con la de la patrona, explosiva, exitada. Don Juan Yarza murmuró:

Si bien, como ya lo hemos señalado en oportunidad anterior, el Quijote se nutre del contenido romanesco, también muchas de las demás obras cervantinas tienen episodios, y en algunos casos hasta capítulos, que se desenvuelven alrededor de determinadas canciones o villancicos. Baste para ello echar una ojeada sobre algunas de las novelas o entremeses. Tal el caso de "El celoso extremeño" por tomar una de las "Novelas ejemplares". En ella la música y la enseñanza de la misma es un pretexto alrededor del que gira toda la acción de la novela. Apenas aparecido el joven y apuesto Loaysa, aun vestido de pordiosero para engañar al negro Luis, comenzaba a tocar la guitarra y a cantar. Así dice el texto de este fragmento:

"Puesto allí Loaysa, sacaba una guitarra algo grasienta y falta de algunas cuerdas y como él era algo músico comenzaba a tañer algunos sones alegres y regocijados... Con esto, se daba prisa a cantar romances de moros y moras, a la loquesca, con tanta gracia..."

Se dice que en esa época tres eran los romances de moros más conocidos y por consiguiente más célebres y al decir de Miguel Querol: "a buen seguro, alguno de ellos formaría parte del extenso y variado repertorio de Loaysa". El primero de ellos es aquel que comienza: "Paseábase el rey moro / por la ciudad de Granada; / cartas le fueron venidas / como Alhama era ganada / ¡Ay, mi Alhama! / etc.". A varias versiones musicales dio origen este apesadumbrado texto, siendo las de los vihuelistas Narváez, Pisador, Fuenllana y Venegas de Henestrosa algunas de ellas.

El segundo de los romances de moros puesto en música también por Pisador y Fuenllana es el que dice: "Caballeros de San Joan, / oyan todos este mote: / A las armas, moriscote, / que bien menester serán".

El último es, tal vez, el más hermoso y popular de todos, tanto por su texto como por su música que se encuentra en el Cancionero de Palacio. Así dice el primero:

"Tres morillas me enamoran
en Jaén:
Axa y Fátima y Marién.
Tres morillas tan garridas
iban a coger olivas
y hallábanlas cogidas,
en Jaén,
Axa y Fátima y Marién.
Y hallábanlas cogidas,
y tornaban desmaídas
y las colores perdidas
en Jaén,
Axa y Fátima y Marién.
Tres moricas tan lozanas,
tres moricas tan lozanas
iban a coger manzanas
a Jaén,
Axa y Fátima y Marién".

Continuando siempre con "El celoso extremeño" y a pocos renglones del fragmento citado, se sucede otro que incluye dos canciones y que transcribimos: "No canto mal — replicó el negro —; pero qué aprovecha, pues no sé tonada alguna si no es la de la estrella de Venus, y la de "Por un verde prado" y aquella que ahora se usa, que dice: A los hierros de una reja / la turbada mano asida?"

Algo más adelante en la historia del viejo Carriales y la joven Leonora Cervantes nos dice: "Y acabado este largo coloquio, cantó Loaysa un romancito agudo...", y luego, cuando la dueña ya ha conseguido hacer entrar al joven nos encontramos con el siguiente pasaje: "En esto la dueña tomó la guitarra, que tenía el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, rogándole que la tocara y cantara unas coplillas que entonces andaban muy validas en Sevilla, que decían: "Madre, la mi madre, / Guardas me po-

LAS CANCIONES Y LOS VILLANCICOS EN LAS OBRAS DE CERVANTES

neis". Según el precitado musicólogo Querol esta canción la utiliza Cervantes con pequeñas alteraciones en su comedia "La entretenida". Y de acuerdo a la opinión del distinguido cervantista Rodríguez Marín, estas coplas continuaban oyéndose en 1615, desde el



Cantores del siglo XVI. Dibujo de un libro de canciones de la época.

momento que Lope de Vega indica que deben cantarse en la escena 22 del segundo acto de "El mayor imposible", comedia escrita en dicho año. La música de estas coplas aparece ya, publicada en varias versiones, en 1614. En cuanto al texto de las mismas, se hizo tan popular que llegó a nuestros días y fue tomado por un músico español contemporáneo, Amadeo Vives, para una de sus "Canciones epigramáticas".

Pero también en otra de sus novelas hace Cervantes frecuentes alusiones a la música, y en efecto, en "La ilustre fregona" por lo menos seis o siete pasajes tienen relación con ella.

Casi al comienzo, cuando se describen a los pícaros que tenían como teatro de sus hazañas la plaza de Zocodover en Toledo y las de Madrid, Cervantes nos dice que allí están entre otras cosas "los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampas, los romances con estribos...". Y casi en seguida cuando refiere el viaje de Carriazo así lo hace: "...se llegó desde Zahara hasta Valladolid, cantando 'Tres ánades, madre'". Esta locución se empleaba en esa época como sinónimo de "con alegría" o "sin preocupaciones" y en el "Tesoro de la lengua" la encontramos definida por Covarrubias de esta manera: "para decir que uno va caminando alegremente, sin que sienta el trabajo, decimos que va cantando Tres ánades, madre; es una coplilla antigua y común que dice: 'Tres ánades, madre, / pasan por aquí, / mal penan a mí'. De todo esto se deduce que la mencionada canción

era sumamente popular. En lo referente a su música, como tantas otras de esos tiempos, fue recopilada en el Cancionero de Palacio como original de Juan de Anchieta, el que fuera maestro de coros del hijo de los Reyes Católicos, Don Juan, y autor asimismo de misas y motetes. Pero aquí no terminan las citas de Cervantes sobre música vocal en "La ilustre fregona". Cuando, ya disfrazados Avendaño y Carriazo se encuentran en la posada del Sevillano y les llaman diciéndoles que si quieren oír "una brava música" se asomen a la reja, y poco después lo hacen, el autor pasa a describir el hecho del siguiente modo: "...hallaron lugar, y de allí a poco, al son de la arpa y de una vihuela, con maravillosa voz oyeron cantar este soneto, que no se le pasó de la memoria a Avendaño: 'Raro, humilde sujeto, que levantas / A tan excelsa cumbre la belleza...'".

Más adelante, el Asturiano acompañándose de la guitarra "que decían que la hacía hablar" canta una serie de coplas en las que se citan un conjunto de danzas populares tales como la chacona, la zarabanda, el pésame, la perramora y muchas otras. A poco de esto, grandes voces hacen callar a Lope y del silencio surge "una voz de un hombre que sentado sobre una piedra...; porque lo que el músico cantó fue este romance: '¿Dónde estás, que no pareces, / esfera de la hermosura, / belleza a la vida humana / de divina compostura?, etc.'".

Las comedias y entremeses, al igual que las novelas, están saturadas de ejemplos de canciones. En "La casa de los celos", en la jornada III Cervantes incluye un cantar sumamente popular. Es aquel que comienza "Corrido va el abad / por el cañaveral...". Pero esto no es sino un pequeño detalle dentro de esta obra. El nutrido contenido de ella fue lo que hizo decir a Querol: "¡Nada menos que doce acotaciones referentes a la música, en una sola comedia, amén de tres o cuatro canciones!"

En "La entretenida" aparecen, además de la célebre "Madre, la mi madre" citada recientemente, dos o tres canciones más sin contar las múltiples danzas que se mencionan continuamente.

En "Pedro de Urdemalas", cuya acción gira prácticamente en torno de una danza, se intercalan al comienzo dos breves canciones de origen folklórico, siendo la primera la siguiente:

"Niña la que esperas
en reja o balcón,
advierte que viene
tu pálido amor.
Noche de San Juan
el gran precursor..."

En cuanto a la segunda así dice: "A la puerta puestos / de mis amores, / espinas y zarzas / se vuelven flores".

El barbero de "La guarda cuidadosa" anima unas bodas cantando un romance que repite el siguiente estribillo: "...que donde hay fuerza de hecho / se pierde cualquier derecho". Y ya que hablamos de estribillos, otro entremés "El vizcaino fingido" concluye con uno que pertenece a un romance y que así dice: "La mujer más avisada / o sabe poco o nada".

Por el nombre de "villancicos" se conocieron en la España del siglo XVI las canciones de origen popular y de carácter profano o religioso semejantes a las que se llamaron "villanelle" en Italia. Pero también se usó poco después, y aun continúa haciéndose en la actualidad, para denominar sencillos cantos populares en los que la mayor parte de las veces el tema tratado es la adoración de los pastores y todo lo relativo a la Navidad.

Como final de estos ejemplos tomemos, pues, los villancicos que al igual que los romances y las canciones, incluyó Cervantes en sus obras.

En la segunda parte del Quijote, casi al final, en el capítulo 73 aparece un pasaje en el que la sobrina le recuerda un villancico, relacionado evidentemente con la vida pastoril: "Ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía a reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, ¿se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose

Pastorcillo, tú que vienes,
pastorcito, tú que vienes?"

Y en "La casa de los celos", en la jornada II aparece Cloris juntando flores al mismo tiempo que va cantando un hermoso villancico, de hondo arraigo popular que dice:

"Derramaste el agua, la niña,
y no dijiste: agua va!
La justicia os prenderá".

Susana SALGADO GOMEZ
(Especial para EL DIA)

GANAR
FAMA
Y DINERO

aprenda

FOTOGRAFIA

PRACTICANDO
EN SU CASA POR CORREO

PARA AMBOS SEXOS

ABRA SU NEGOCIO

CON EQUIPO GRATIS

FOLLETO GRATIS

ESCUELA
FOTOGRAFICA
SUDAMERICANA

Innovadora e MODERNA ESCUELA

Sucursal URUGUAY
Casilla 152 - C. Central
MONTEVIDEO

Nombre _____

Dirección _____

Localidad _____

Actúe HOY MISMO envíe el cupón



Este es el moderno edificio del Museo Brünning que comprende la oficina del Director, control del museo electrónico, entrada a las bóvedas subterráneas, sala para simposios, etc. (Foto Campá).

UN GRAN MUSEO PARA EL PERU

el año 1960 viajamos a la ciudad peruana de Lambayeque, capital del Departamento del mismo nombre, el motivo fue realizar estudios relacionados con el origen y desarrollo de la metalurgia precolombina. Nuestras actividades no se habrían desarrollado en el campo, sino que se trataba de investigaciones de gabinete sobre objetos ya exhumados. En el Museo de esa pequeña ciudad en donde instalamos para desarrollar nuestros trabajos, nuestro centro de operaciones, ya fuese para el análisis de piezas o sobre estudios del estilo que allí desarrolló.

Cada día que se sucedía en aquel apasible lugar nos asombrábamos del Museo donde trabajábamos. Esa sorpresa constante, repetida a diario, consistía en la admiración que nos causaban los especímenes arqueológicos que allí se guardaban no sólo por su calidad y valor sino por la cantidad, y paradójicamente por el estado ruinoso de la edificación que albergaba esos tesoros; tenía grietas considerables, su seguridad en la puerta única y principal consistía en un grupo de viejos candados, y por el techo ninguna, pues todavía si llovía el edificio hacía agua por sus cuatro lados, felizmente en esa área del Norte peruano ese fenómeno se da cada tanto tiempo y en pequeña escala.

A todo esto, como si fuera poco y sencillo el panorama, se contaba con una única persona para la custodia de todos esos inapreciables bienes; su conservador, Don Oscar Fernández, quien con celo hacía a veces de guardián, conserje, guía, restaurador y administrador, no conforme con ello planeaba conseguir, no sabía entonces cómo ni de dónde, un nuevo edificio para albergue de ese tesoro inapreciable.

Una vez que finalicé mis estudios abandoné Lambayeque trayendo conmigo todo un bagaje de gratos recuerdos, tan gratos que todos los años he regresado allí, a ese hospitalario lugar, y entre los actos mecánicos que hago inmediato a llegar, uno consiste en visitar el Museo y visitar a su conservador, quien a través de los años me hacía saber de la marcha de sus proyectos, los que no abandonaba y ni siquiera el total desinterés de sus vecinos le permitió ceder el ápice de su muy empeñosa tarea y meta.

Pero antes de seguir hablando de un "museo imaginario" y de una idea de mejoramiento entendemos que es necesario saber en qué consiste y qué guarda este Museo del que escribimos con admiración: el Museo de Lambayeque es un museo arqueológico ubicado en el centro de lo que podemos señalar como una zona arqueológicamente más rica del Perú, y entre los materiales que conserva son sobresalientes las piezas de metal, ya que indudablemente Lambayeque es el centro de las más desarrolladas técnicas metalúrgicas, de origen y dispersión en tiempos precolombinos.

Julio César Tello, padre de la arqueología peruana, buen conocedor de Lambayeque y sus alrededores, describía hace más de tres décadas que el 95 % de los especímenes de oro arqueológico existente en los museos del mundo proviene de las necrópolis de Batán Grande en Lambayeque, y no hacía más que escribir una verdad y bien conocida por los primeros que hurgaron las tumbas lambayequeñas, que fueron los incas y posteriormente los españoles. Interesante

es recordar sobre esto último, las palabras que escribiera el virrey Toledo a Felipe II, en una carta donde se lee: "...y de ser convenientemente explotadas estas huacas rendirían a Su Majestad las mejores rentas que de estas tierras tuviese". Mucho se fue y bien lejos antes que los arqueólogos nos enteráramos de la existencia de esas riquezas.

Siguiendo con las paradojas del Museo, señalaremos que las piezas de oro que posee no son provenientes de las ricas necrópolis del lugar, sino que las mismas son una pequeña parte de un gran cargamento que proveniente de Frías — un área arqueológica en el vecino Departamento de Piura, al Norte — fue decomisado por las autoridades, ya que ese oro era llevado a Chiclayo — ciudad capital económica del Dpto. de Lambayeque — con el objeto de ser fundido.

De Batán Grande, las inmediatas y ricas tumbas de donde tanto oro ha salido, el Museo, increíblemente, no posee más que muestras insignificantes, en cambio plata, cobre y bronce, así como cerámica, posee en calidad y cantidad bien apreciable una rica colección.

El Museo de Lambayeque lleva el nombre de Hans Henrich Brünning, en honor del sabio alemán de ese nombre que fue el primer arqueólogo de la zona, más coleccionista culto que excavador científico.

Brünning dio la mitad de su vida de hombre inquieto, inteligente y sabio a ese Departamento, extendiendo sus investigaciones a los Departamentos La Libertad y Trujillo. Fue sin duda, el primer historiador de Lambayeque que estudió el origen de las pequeñas ciudades, pueblos, sitios, el primer geólogo, agrimensor, folklorista si cabe el término, ya que recopiló leyendas antiguas que son el punto de partida para el estudio del antiguo linaje de los príncipes precolombinos que antes de la llegada de los españoles reinaban en la zona. Fue también un filólogo que estudió y recopiló las antiguas lenguas, trabajo básico y único sobre el tema.

Que el Museo lleve el nombre de Brünning no es más que hacer justicia, saldar una deuda de gratitud que los lambayecanos tienen con este hombre dedicado a las artes y las ciencias en un rincón del mundo, tan distante de su tierra.

Brünning logró reunir con los años una imponente colección de piezas arqueológicas de metal en su mayor parte, también cerámica y collares excepcionales, objetos de arte de alta consideración, una parte de todo esto fue a Alemania, donde es custodiado con celo y de su estudio se hizo cargo el Baessler Archiv, fundación de primer orden dedicada al estudio de la metalurgia antigua. De esta manera con la colaboración del sabio alemán, se conoció y se pudo estudiar en el exterior joyas de antiguas culturas a las que todavía en el Perú no se les otorgaba importancia alguna, con excepción de dos o tres coleccionistas, comienzo de una apreciación, revalorización del arte antiguo peruano que hoy día es considerable. Muy posiblemente en el Viejo Mundo se descubre también el alto sentido, la trascendencia del arte precolombino, todo porque pioneros, los primeros verdaderos descubridores, enviaron afuera esas piezas y permitieron su apreciación directa.

Ese interés que hace más de tres décadas despertara Brünning en Alemania y subsecuentemente en todo el Viejo Mundo, muy en especial por los objetos de metal procedentes de las tumbas lambayequeñas, no fue suficiente para detener las excavaciones clandestinas realizadas con el objeto de obtener metales nobles, etc. para ser convertidos en objetos "prácticos", como ser caravanas o pendientes, cucharas, pulseras, etc., trabajo que se practicaba hasta no hace menos de seis o siete años, y no hace más de cuatro años se vendía en la Plaza de Chiclayo oro arqueológico al peso, trabajo que hacían los joyeros después de sus horas de labor.

Oscar Fernández, sin apoyo alguno en sus inmediaciones, sin ayuda alguna de los vecinos de Lambayeque, siguió adelante con sus ideas y con ellas a cuesta transcurrió el tiempo con el cual sobre las sienes blancas y su obstinación encuentra apoyo en el Ministerio de Educación para comenzar su obra, la ayuda de su amigo Dn. Miguel Mujica Gallo, y del actual Embajador de Alemania Occidental cuya generosa donación permitió finalizar un nuevo Museo y brindarle comodidades y seguridad como se merece el material del que antes hablamos.

Oscar Fernández tiene ahora su museo, el que soñó tantos años y que dentro de pocas semanas se inaugura, siendo más moderno que el de Lima, funcional, hermoso, y sobre todo, llena un gran vacío. Hace unas semanas, cuando lo estuvimos estudiando, observando detenidamente, sólo le faltaba la definitiva instalación del sistema electrónico que controla las alarmas y demás sistemas de seguridad, y la distribución museográfica del maravilloso material que custodia.

Ahora, la antigua y casi olvidada ciudad de Lambayeque puede mostrar con orgullo que sabe otorgar la consideración, el respeto que merecen las obras de sus lejanos antepasados; un Museo de primer orden, digno custodio de los legados artísticos precolombinos.

Raúl CAMPA SOLER

Na Bolom, abril de 1966

(Especial para EL DIA)



Oscar Fernández, Conservador del Museo Brünning de Lambayeque, esforzado pionero que durante tantos años guardó con esmero el patrimonio que hoy engalana las vitrinas del nuevo Museo. Autodidacta y gran restaurador, sencillo y austero, es acreedor de la estima de sus compatriotas que hoy se han comprometido de su triunfo que es el de la constancia y abnegación. (Foto Campá).



Interior del actual Museo Brünning, edificio todavía a inaugurarse. Se ven aquí los últimos dos pisos en donde observamos que el mármol y el metal son los elementos primordiales del interior. Las piezas todavía están amontonadas en las vitrinas de donde pronto serán expuestas con criterio museográfico. (Foto Campá).



La llamada Calle del Oro en el Castillo de Praga: viejas casas de los alquimistas.

REFLEXIONES SOBRE LA MEDICINA

DESDE que la humanidad surgió a la vida, el con-natural desvalimiento biológico de sus criaturas, la forzó a entablar una encarnizada lucha contra la adversidad. Para sobrevivir, los aborígenes de la especie debieron aguzar su ingenio y prodigar sus fuerzas. La medicina se nos revela, por de pronto, como una de las más tempranas manifestaciones de la civilización. En último término la medicina no es otra cosa que la historia de un esfuerzo; acaso el más obstinado y patético de cuantos se comprometió el hombre en esa contienda contra el infortunio. Mas, cuando uno se pregunta cuál fue sustancialmente el propósito de sus afanes, cuál su razón de ser como ente histórico, titubea. Y vacila porque advierte que la respuesta no surge tan clara y nitidamente como a primera vista lo había supuesto. La gran dificultad se presenta cuando reparamos que la medicina antes de llegar a ser lo que hoy es (un complejo integrado por ciencia, arte y técnica) fue de todo un poco: magia, teurgia, religión, alquimia, sabiduría. Pero las tribulaciones se agravan cuando esos rastreadores de lo remoto que son los paleontólogos y los arqueólogos nos aseguran que los primeros testimonios de intervención "médica" fueron cronológicamente ubicados entre las postrimerías del paleolítico y comienzos del neolítico. Si echamos cuentas del tremendo lapso que nos separa de nuestro arcaico antecesor y primer paciente, el homo sapiens fossilis, no puede menos que sorprender la juventud de nuestra medicina científica: su edad apenas rebasa el siglo y medio.

Pero el embarazo a que hacíamos referencia proviene de lo siguiente: según hemos visto, la medicina pasó por tan diversas etapas que prácticamente no dejó hábito sin vestir ni fe que profesar. Ante semejante heterogeneidad muchos habrán de preguntarse, si es efectivamente correcto designar genéricamente medicina a prácticas tan diferentes y aun aberrantes, como las que caen bajo esa denominación. De que la homología se acepta, no cabe duda; basta hojear un texto de historia de la medicina para ver desfilar en serie, capítulos titulados sucesivamente: medicina chamánica, medicina templaria, etc., etc. Lamentablemente, no conocemos ningún libro de dicha especialidad que, en lo tocante al punto, aclare el engorro. Somos de la opinión de que la historia de esta disciplina, salvo contadas excepciones, se sigue narrando según la peor tradición de la crónica doméstica, sin más atracción que lo que al fin resulta meramente anecdótico. Tenemos por buena a toda historia de algo, llámese ciencia, religión, arte o lo que fuere, siempre y cuando, sin desmedro de la objetividad deseable ofrezca esa visión reflexiva e integral que, mediante las consideraciones críticas adecuadas, preste sentido a los hechos e incite a la meditación sobre lo problemático.

En lo que atañe directamente al asunto en cuestión, nos queda aún algo que agregar. A nuestro modo de ver la incongruencia que planteábamos es sólo aparente. A pesar de las dispares caracterizaciones que en el curso de su extensísima evolución la medicina vio desfilar, nos parece descubrir en lo íntimo de su estofa, la conservación de un núcleo estable, de una estructura subyacente tal que, como acontece con el isomorfismo en matemática, nos permite reconocer la identidad en lo diverso.

Desbordaría los propósitos que en esta nota nos hemos trazado, explicar en qué consiste esta morfología que, no obstante las transformaciones, mantiene una cohesión. Si la oportunidad nos es propicia, en otro artículo la desarrollaremos. Mientras tanto, postulamos que, si bien el rango científico de la medicina contemporánea resulta una conquista definitiva, ello no es óbice para que comparta con sus predecesoras, ese rasgo unificador que a todas abarca y cuya naturaleza volvamos a repetirlo, no podemos dilucidar ahora. De todas maneras, si tuvimos la fortuna de dejar este noción suficientemente insinuada, lo dicho alcanzará para dar pie a una afirmación que estimamos capital: hubo medicina antes que ciencia médica, pero hubo sólo oficiantes, antes que médicos genuinos.

Bien mirado, lo que impulsa a la medicina como empresa ha sido y es la impaciente esperanza del hombre por encontrar su salvación; pero no en soluciones escatológicas, sino en el aquí y ahora de las diversas épocas dentro del espacio y del tiempo de todas las edades porque ambas categorías no son privativas de la física, sino también de la existencia histórica. Cuando en esta existencia mantenemos intacto ese excedente de energías y disposiciones que la vida almacena y que se hallan siempre prestas para la iniciativa creadora, experimentamos una sensación de júbilo y lozanía. A este incomparable gozo que impele a la aventura y transforma el quehacer en deleitosa perspectiva, solemos llamar salud. De su caudal torrentoso, saca el hombre ese ímpetu expansivo que arrasa con las dificultades, lo incita a desarrollar su programa, y a llevar a término sus proyectos.

La enfermedad, por el contrario, constituye la enajenación de la vida, la expropiación de todas aquellas virtualidades que antes estaban potencialmente disponibles para la acción. Si son predicados del hombre como se ha dicho, "ser historia, hacer historia y hacerse en la historia", la intercurriencia de la enfermedad se interpone como valla y le cierra el paso. Si tras ella viene la muerte, entonces la vida como oportunidad irrepetible y como posibilidad única de llegar a "ser", en el sentido eleático de esta palabra, queda definitivamente abolida. De ahí la zozobra frente a la enfermedad y la angustia frente a la muerte.

Vistas las cosas de este modo, ¿qué papel le asignamos a la medicina?

La rutina ha impuesto como hábito la siguiente respuesta: organización que procura prever y curar la enfermedad, mitigar el dolor y prolongar la vida.

Nadie puede negar, claro está, que tales preocupaciones son ministerio de su oficio. Pero su alcance es tan limitado, como afirmar por ejemplo que la técnica se reduce a crear instrumentos, a regular procedimientos y a coordinar medios para lograr fines

específicos. Con ser verdaderas, ambas apreciaciones resultan insuficientes. Y esta precariedad no podrá satisfacer a todos aquellos que sienten como un eco: la necesidad de asomarse al abismo de los problemas, aunque más no sea que para avistar en su fondo tan sólo un pálido vislumbre de verdad. Véase por ejemplo cuán hondo cala la especulación en otros terrenos. Observemos en qué medida cada expresión de la cultura (llámese arte, ciencia, técnica, mito, religión o lenguaje) ha tentado con el desafío de sus enigmas, a esa sublime y arrogante facultad que es el meditar y saber.

Cuando, más acá de los griegos, los pensadores empezaron a investigar sobre algo distinto de la naturaleza como tal, fue el hombre, el más seductor de los misterios, que atrajo sobre sí, ese interés inexplicablemente postergado. San Agustín el primero, se pregunta por qué hay historia. Desde que la filosofía de la historia y bastante tarde la antropología filosófica tomaron resueltamente a su cargo averiguar qué sentido tiene el drama que el hombre inscribe en el tiempo y cuál la ubicación de éste en el cosmos, el por qué de cada empresa humana pasó a ser pregunta de rigor. Pese a que resulta difícil imaginar una actividad donde la figuración humana sea más conspicua, es forzoso admitir que la medicina como tema del pensar filosófico, ha sido hasta el momento desairada. Se diría que no se ha advertido algo tan patente como es eso de estar hecha por el hombre y para el hombre y que en ella su papel se enriquece por cuanto interviene como agente y como paciente. Lo que viene a poner de manifiesto que esta dualidad de funciones, confiere a la medicina su textura antropológica por partida doble.

Frente a aquellas desventuras de que hablábamos, se yergue la medicina. A despecho de los supuestos que rijan en una comunidad, ya se valgan de la magia o se funden en la razón, se impone reconocer que, desde la medicina tribal a la medicina científica de nuestras urbes, existe en última instancia una sola medicina que perpetúa su primaria intención. Cualquiera sean sus medios ella es, siempre, la que inter-

pone recursos para liberar al hombre de la penosa situación de dependencia y sometimiento a que la enfermedad lo condena. Quehacer inmenso sin duda, porque no hay que olvidar que este ser cuya mano industriosa, cuya cabeza lúcida y cuyo corazón sensible, lo ungieron señor del universo histórico, se halla doblemente expuesto. Desde afuera, por cuanto, al ser hijo de la naturaleza, vive constantemente hostigado por las fuerzas físicas que en su derredor lo acechan. Interiormente, porque basta una biografía maltrecha para que el mundo ideal que ansiosamente quiso levantar con sus aspiraciones, caiga en pedruzcos. El hombre, decía Nicolai Hartmann a propósito del espíritu es una criatura amenazada desde adentro. Por tanto impedir que este homo duplex vea prendada cualesquiera de sus inalienables pertenencias, sin las cuales su sueño de trascender aquí en la tierra se transformaría en pesadilla, es la ambiciosa y colosal tarea de la medicina.

E. BALESTRINO VOGT

(Especial para EL DIA)



Impresión de un antiguo sello cilíndrico babilonio con el "árbol de la vida".

EDGAR RICE BURROUGHS

Tarzan

ESTANDO POCA
SENCION A TARZAN
S SALVAJES RETRO-
EDEN CONFUNDIDOS
ATANDO DE REPELER
ATAQUE.



MIRA, JOEY, ES TAR-
ZAN QUE VUELVE.

Y VUELVE ACOM-
PAÑADO DE DOS
LEONES.



POR UN LADO, LA TERRIBLE CONFU-
SION DE LA LUCHA, POR EL OTRO, UNA
FIGURA SALVADORA, LANZA EN MANO.!

JOHN
LARGO



APÚRESE TARZAN AN-
TES DE QUE LOS LEO-
NES LO AGARREN
DE NUEVO.!



YO TRAJE A ESOS
LEONES PARA SAL-
VARLOS A USTE-
DES.!

QUE?!



UNO SIEMPRE PUE-
DE CAMBIAR DE OPI-
NION, MULLARGAN.!



VAMOS. Y TRATE DE
NO CAERSE, SR.
MARKS.!

VOLARE
COMO UNA
MARIPO-
SA.!



YO CREI QUE UD.
NO GUSTABA DE
NOSOTROS.!



DE las escritoras latinoamericanas, tres hay que se destacan — dentro de la diversidad de sus valores estéticos — por su bella valentía, por su gesto noblemente gallardo: Mercedes Cabello de Carbonera, Delmira Agustini y Alfonsina Storni. Muy diversa es también la fuerza espiritual y su manera de expresarla en las tres, puesto que corresponden — sobre todo la peruana — a muy distintas épocas. Delmira y Alfonsina son muy conocidas de nuestros lectores. Evoquemos hoy a Mercedes Cabello de Carbonera.

He aquí un ejemplar de "Blanca Sol", novela social, como afirma el subtítulo. Este ejemplar de la cuarta edición — verdadera rareza bibliográfica, pese a tratarse de una reimpresión — lleva el pie de imprenta de "Carlos Prince, impresor y librero-editor; calle de la Veracruz, 71, 73 y 75, en Lima. 1894", y consta de 189 páginas. Su autora había nacido — creemos que en la capital peruana — en 1849 y

"Las consecuencias" y "El conspirador". "Blanca Sol" es la más significativa de su bibliografía, aquella en que están más acentuadas las características de su orientación social. Obra de crítica a los convencionalismos, falsedades y vanidades de la alta burguesía, desvirtúa su calidad novelística — es decir, estética — para convertirse por momentos en una especie de ensayo, algo híbrido, mezclado a un cuadro de costumbres en el que la autora muestra las llagas. Su valentía es grande, por tratarse de una obra publicada en tan lejana fecha, en la Lima señorial y provinciana, donde la aristocracia — pseudo aristocracia — hispano-criolla no podía perdonar tal acusación. Es preciso, pues, pensar que Mercedes Cabello de Carbonera supuso y aceptó el calvario que sus libros iban a señalarle, desterrándola de su patria y llevándola a terminar sus días — soledad y pobreza — en un hospicio.

en el anfiteatro. Y tan vivientes y humanas han resultado las creaciones de la fantasía, que más de una vez Zola y Daudet en Francia, Camilo Lemonnier en Bélgica y Cambaceres en la Argentina, hanse visto acusados de haber trazado retratos cuyo parecido el mundo entero reconocía, en tanto que ellos no hicieron más que crear un tipo en el que imprimieron aquellos vicios o defectos que se "proponían manifestar".

Estas afirmaciones de la escritora peruana merecen una glosa. Ante todo — y ello no es un defecto, al contrario, resulta muy lógico — es preciso ubicarlas en la lejana época en que fueron escritas. Tienen, además, elementos de lucha y ese carácter les da un significado muy especial, un tanto arbitrario, sujeto a las modificaciones de la acción del tiempo, del equilibrio de los gustos literarios. La autora entra quizá excesivamente en el territorio de la pasión, alejándose de la razón (o, si se prefiere, entra en el de aquellas pascalianas razones que la razón no comprende...). Pero son evidentes los aciertos de estas y otras palabras de Mercedes: que el novelista estudia "el espíritu del hombre y de las sociedades" (con lo que aleja a la novela de la simple copia objetiva, fotográfica, cronicada) y que las creaciones de la fantasía han resultado tan vivientes y humanas que los lectores las han confundido con seres conocidos. Aquí, la escritora peruana reconoce la necesidad de un calado psicológico en los personajes y, sobre todo, el impulso creacional de tipos y ambientes, sin desvirtuarlos, sin deshumanizarlos, sino acercándolos a manera de figuras representativas. Ciertamente, en la primera frase transcrita, la escritora condenaba las "fantasmagorías quiméricas", los "cuentos inverosímiles" que en un sector apreciable de la actual narrativa han producido escritores de alta alcuria, sobre todo para minorías. Pero esa negación era necesaria en la hora en que el realismo literario izaba su bandera. También resulta excesivo ese símil de "estudiar el espíritu del hombre y de las sociedades con la misma exactitud que el médico, el cuerpo tendido en el anfiteatro". Imagen inexacta por exagerada (y además, de mal gusto) pero necesaria en aquel momento, en que debió parecer genial.

Con todo, no deja de ser sugestivo que más adelante afirmara la autora de "Blanca Sol": "Si la novela estuviera condenada a copiar fielmente un modelo, sería necesario proscribirla como arma personal y odiosa", certera definición aplicable a muchas de esas llamadas "novelas históricas" que circulan en abundancia y que tienen más del panfleto o del estudio político, que de novela.

La escritora peruana que, junto a su conterránea y contemporánea Clarinda Matto de Turner (1854-1909; había nacido en Cuzco y fue de las primeras plumas que en la novela defendieron al indio), significó el avance, en la novela americana de habla hispana, de la modalidad realista (en mayor grado, la que hoy nos ocupa) dejó, entre sus aciertos de crítica, una afirmación que, siendo de una ejemplar lucidez y perennidad, significa, no obstante, una especie de deserción (necesaria, desde el punto de vista estético, con miras al futuro) a su propia escuela literaria, al firmar: "El novelista no estudia solamente al hombre tal cual es, nos lo presenta tal cual debe ser. Por eso, como dice un gran pensador americano: "El arte va más allá de la ciencia. Esta ve las cosas tales cual son, el arte la ve además como deben ser. La ciencia se dirige particularmente al espíritu; el arte, sobre todo al corazón".

Modificando — por nuestra parte — ese error de que la ciencia se dirige al espíritu — en vez de decir al intelecto — el pensamiento es merecedor ser recordado junto a este otro, también certero — de Mercedes Cabello de Carbonera "El Arte se ha ennoblecido". Nuevos ideales se presentan a su vista; él puede ser colaborador de la ciencia en la sublime misión de procurar al hombre la redención que lo libre de la ignorancia".

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)

UNA ESCRITORA PERUANA



Patio en una casa limeña.

falleció en 1909 en Buenos Aires, a donde la habían llevado las persecuciones y brulotes que los enemigos de sus libros le habían dirigido.

Sus tres primeras novelas, "Sacrificio y recompensa", "Amores de Hortensia" y "Eleodora" corresponden — como ya sus títulos lo hacen suponer — a la manera romántica. Sus ensayos "Influencia de las bellas artes en el progreso moral y material de los pueblos", "Independencia de Cuba", "La novela moderna" — que en el 80 y tantos, obtuvo un significativo triunfo en un concurso realizado en Buenos Aires — y "La religión de la humanidad", ya también adelantan en sus títulos el carácter que luego dominaría su narrativa: lo social, que en ella se manifestó — acorde a la época — en la tónica del positivismo y en una manera naturalista en la que hay, junto a la influencia de Zola, un poco de aquel soplo apostólico de Tolstoy, de quien era gran admiradora. En esta manera naturalista — con sus virtudes y sus defectos — se ubican también sus novelas

La novela "Blanca Sol" — que junto a esa valentía de denuncia tuvo también el mérito de haber revolucionado el gusto por la novela sentimental, todavía muy apegado al ambiente romántico de los lectores de su época — resulta tediosa y negativa en sus digresiones, pero posee agilidad en el dialogado — que es abundante — y una estructura aceptable. Y — sobre todo — lleva, a manera de introito — un "prólogo que se ha hecho necesario" (tal es el título) — firmado por la autora. Interesa ese prefacio por el vigor de sus conceptos. Dice Mercedes Cabello de Carbonera: "Pasaron ya los tiempos en que los cuentos inverosímiles y las fantasmagorías quiméricas servían de embeleso a las imaginaciones de los que buscaban en la novela lo extraordinario y fantástico, como deliciosa golosina. Hoy se le pide al novelista cuadros vivientes y naturales y el arte de novelar ha venido a ser como la ciencia del anatómico: el novelista estudia el espíritu del hombre y el espíritu de las sociedades, el uno puesto al frente del otro, con la misma exactitud que el médico, el cuerpo tendido

EN SU BARRIO, para su comodidad una agencia de AVISOS ECONOMICOS de

EL DIA

MONTEVIDEO

CIUDAD VIEJA
25 de MAYO 389
CENTRO
RIO BRANCO 1212
Avda. 18 de JULIO y
YAGUABON
CORDON
Avda. 18 de JULIO 2022
bis (Ag. Petracchia)
PUNTA CARRETAS
BRITO DEL PINO 810
esq. 21 de SEPTIEMBRE
PARQUE RODO
CONSTITUYENTE 2007

POCITOS

JUAN B. BLANCO 914
MALVIN
ORINOCO 5048 y
MICHIGAN
PUNTA GORDA
Av. Gral. PAZ 1421
CARRASCO
A. SCHROEDER 6465
UNION
Av. 8 de OCTUBRE 4062
Av. 8 de OCTUBRE esq.
ABREU (Kiosco Unión)
Av. 8 de OCTUBRE esq.
PIRINEOS (Kiosco Maro
ñas)

LA COMERCIAL

Av. GARTIBALDI 2559
GOES
Avda. Gral. FLORES 2942
ITUZAINGO
Avda. Gral. Flores 4996
PIEDRAS BLANCAS
Cuch. GRANDE y
T. RINALDI
ARROYO SECO
Av. AGRACIADA 2612 bis
PASO MOLINO
Avda. AGRACIADA 4109
AGUADA
SIERRA 1906 (Agencia
Progreso)

PRADO

Cno. Castro 838 c. Millán
LA COMERCIAL
HOCQUART 1907
REDUCTO
GUADALUPE 1490
RIVERA
Avda. RIVERA 2621
CERRO
Avda. CARLOS M° RAMI-
REZ 1686 esq. GRECIA
SAYAGO
Av. SAYAGO esq. ARIEL
(Kiosco Sayago)

COLON

Av. GARZON 1911 frente
Pza. Vidella (Florería)
PENAROL
Cnel. RAIZ 1670
EN EL INTERIOR
CANELONES
TREINTA Y TRES esqui-
na RODO
Plaza 18 de JULIO
(Kiosco ISNALDI)
SANTA LUCIA
BAZAR "EL TREBOL"
RIVERA 488 bis

LA PAZ

Av. BATILE y ORODNEZ
215 (Bazar JOBBITO)
LAS PIEDRAS
Avda. ARTIGAS y LAVA-
LLEJA (Kiosco LUISITO
Plaza)
Estación FERROCARRIL
(Kiosco LUISITO)
PANDO
Gral. ARTIGAS 895
PARQUE DEL PLATA
CALLE 2 esq. H

AGENCIA NOTICIOSA "EL DIA" EN PAYSANDU - SALTO - RIVERA - PUNTA DEL ESTE